



**MARY
BEARD**

**MUJERES
Y PODER**

UN MANIFIESTO

CRÍTICA

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

ELOGIOS A MARY BEARD

PORTADILLA

DEDICATORIA

NOTA SOBRE LA CUBIERTA

PREFACIO

LA VOZ PÚBLICA DE LAS MUJERES

MUJERES EN EL EJERCICIO DEL PODER

EPÍLOGO

REFERENCIAS Y BIBLIOGRAFÍA

AGRADECIMIENTOS

LISTA DE ILUSTRACIONES

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Mary Beard no es solo la clasicista más famosa a nivel internacional; es también una feminista comprometida y como tal se manifiesta asiduamente en las redes sociales. En este libro muestra, con ironía y sabiduría, cómo la historia ha tratado a las mujeres y personajes femeninos poderosos. Sus ejemplos van desde el mundo clásico hasta el día de hoy, desde Penélope, Medusa o Atenea hasta Theresa May y Hillary Clinton. Beard explora los fundamentos culturales de la misoginia, considerando la voz pública de las mujeres, nuestras suposiciones culturales sobre la relación de las mujeres con el poder y cuánto se resisten las mujeres poderosas a ser sometidas a un patrón masculino.

Con reflexiones personales sobre sus propias experiencias de sexismo y agresión de género que ha soportado en las redes sociales, la autora pregunta: si no se percibe que las mujeres están dentro de las estructuras del poder, ¿no es necesario redefinir el poder?

Elogios a Mary Beard

«Cuando sea mayor quiero ser Mary Beard ...
perversamente maravillosa.» *Megan Beech*

«Cazadora de troles.» *New Yorker*

«Si los romanos hubieran tenido a Mary
Beard en sus filas, hoy todavía conservarían
su imperio.» *Daily Mail*

«Lo que dice es siempre potente e
interesante.» *Guardian*

«Implicítamente nos invita a reflexionar
sobre nuestro mundo y sobre nuestra
respuesta a la pregunta de qué es lo que nos
hace humanos.» *Sydney Morning Herald*

«Una entusiasta incontenible con una
refrescante indiferencia por las
convenciones.» *Financial Times*

MARY BEARD

**MUJERES
Y PODER**

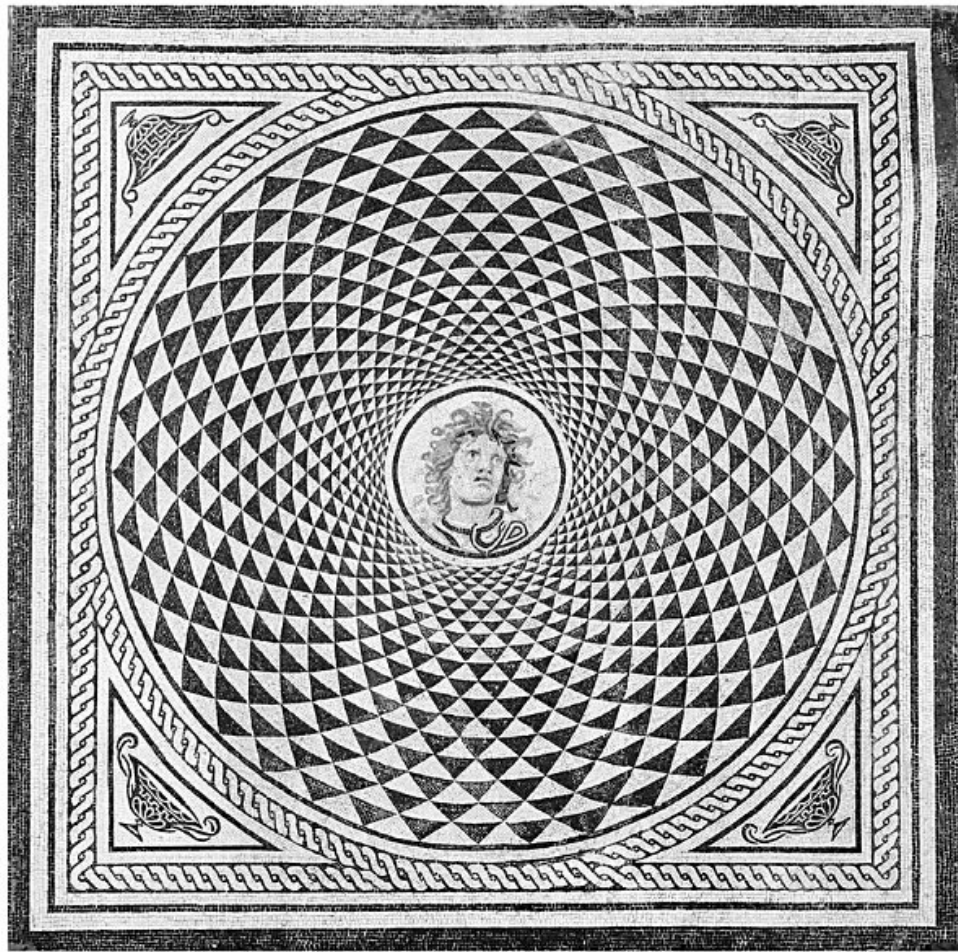
UN MANIFIESTO

Traducción castellana de
Silvia Furió

CRÍTICA
BARCELONA

Para Helen Morales

NOTA SOBRE LA CUBIERTA



Mosaico de suelo original que ha inspirado la sobrecubierta de este volumen.

Obsérvese la imagen central de Medusa.

*Museo J. Paul Getty, Malibú, California.
(Foto de VCG Wilson/Corbis via Getty Images)*

PREFACIO

En el mundo occidental, las mujeres tienen mucho de qué alegrarse, no lo olvidemos. Mi madre nació antes de que las mujeres pudieran votar en elecciones parlamentarias en Gran Bretaña, pero vivió para ver a una mujer en el cargo de primera ministra. Independientemente de lo que pudiera opinar sobre Margaret Thatcher, estaba encantada de que una mujer hubiese llegado al número 10 de Downing Street y orgullosa de haber contribuido personalmente a algunos de aquellos cambios revolucionarios del siglo XX. A diferencia de las generaciones anteriores a la suya, ella pudo tener una carrera, un matrimonio y una hija (porque el embarazo de su madre supuso necesariamente el fin de su trabajo como maestra). Fue una eficiente directora de una gran escuela de primaria en West Midlands, y no me cabe duda de que para las generaciones de chicos y chicas que pasaron por sus manos, ella fue la personificación del poder.

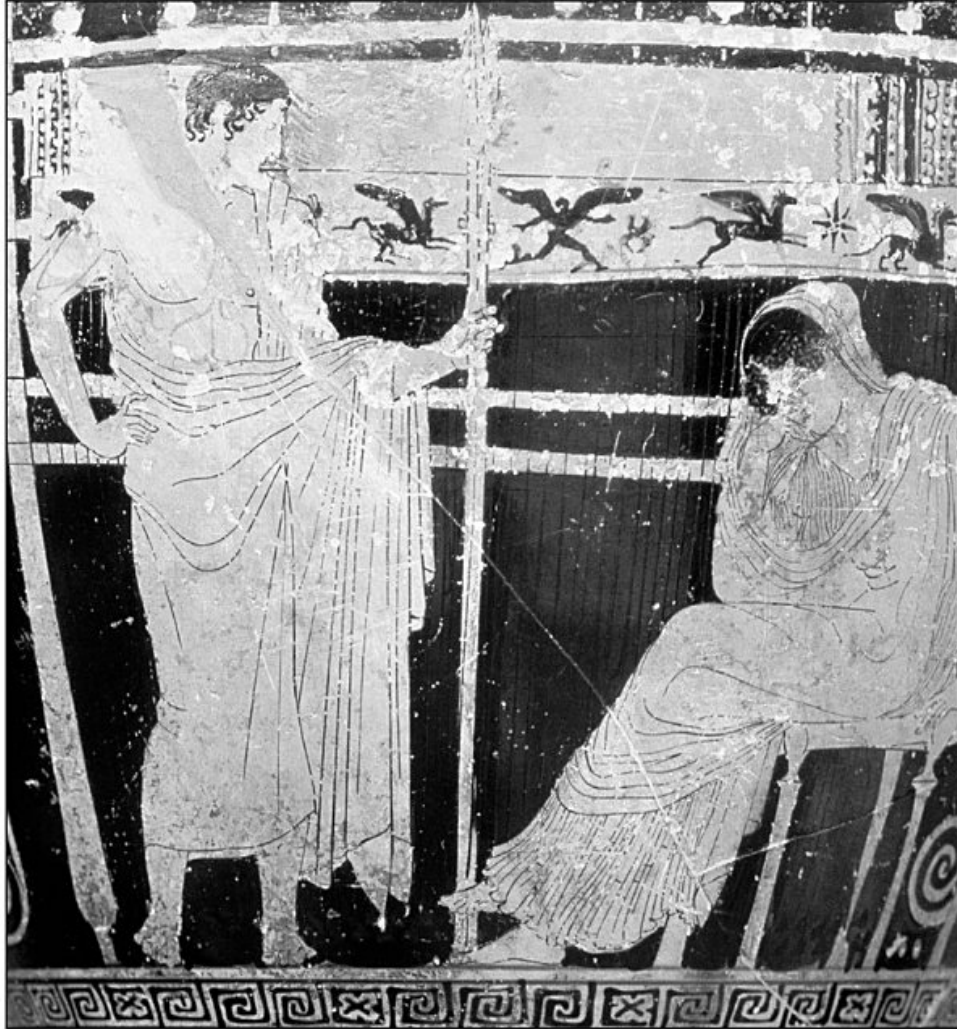
Aun así, mi madre sabía que no era todo tan sencillo, que la verdadera igualdad entre hombres y mujeres era cosa del futuro, y que había tantos motivos para la indignación como para la celebración. Siempre lamentó no haber podido ir a la universidad, y se alegró sinceramente de que yo sí fuera. A menudo se sentía frustrada porque sus opiniones y su voz no se tomaban lo suficientemente en serio, y pese a que se habría sentido desconcertada ante la metáfora «techo de cristal», era muy consciente de que cuanto más ascendía en la jerarquía de su carrera, menos rostros femeninos veía.

Mientras preparaba las dos conferencias que componen este libro, pronunciadas en 2014 y 2017, por cortesía de *London Review of Books*, pensaba constantemente en mi madre porque trataba de imaginar cómo le explicaría a ella —y también a mí misma y a los millones de mujeres que todavía sufren las mismas frustraciones— cuán profundamente intrincados están en la cultura occidental los mecanismos que silencian a las mujeres, que se niegan a tomarlas en serio y que las aíslan (a veces literalmente, como veremos) de los centros de poder. Este es uno de los muchos aspectos en que el mundo de los griegos y de los romanos puede contribuir a arrojar luz sobre nosotros mismos: en lo relativo a silenciar a las mujeres, la cultura occidental lleva miles de años de práctica.

LA VOZ PÚBLICA DE LAS MUJERES

Quiero empezar por el principio mismo de la tradición literaria occidental, con el primer ejemplo documentado de un hombre diciéndole a una mujer «que se calle», que su voz no había de ser escuchada en público. Me refiero a un momento inmortalizado al comienzo de la *Odisea* de Homero, hace casi tres mil años, una historia que tendemos a considerar como el relato épico de Ulises y las aventuras y peripecias a las que tuvo que enfrentarse para regresar a casa tras finalizar la guerra de Troya, mientras su leal esposa Penélope le aguardaba y trataba de ahuyentar a sus pretendientes que la apremiaban para casarse con ella. No obstante, la *Odisea* es asimismo la historia de Telémaco, hijo de Ulises y de Penélope, la historia de su desarrollo personal, de cómo va madurando a lo largo del poema hasta convertirse en un hombre. Este proceso empieza en el primer canto del poema, cuando Penélope desciende de sus aposentos privados a la gran sala del palacio y se encuentra con un aedo que canta, para la multitud de pretendientes, las vicisitudes que sufren los héroes griegos en su viaje de regreso al hogar. Como este tema no le agrada, le pide ante todos los presentes que elija otro más alegre, pero en ese mismo instante interviene el joven Telémaco: «Madre mía —replica—, vete adentro de la casa y ocúpate de tus labores propias, del telar y de la rueca ... El relato estará al cuidado de los hombres, y sobre todo al mío. Mío es, pues, el gobierno de la casa». Y ella se retira a sus habitaciones del piso superior.

Hay algo vagamente ridículo en este muchacho recién salido del cascarón que hace callar a una Penélope sagaz y madura, sin embargo, es una prueba palpable de que ya en las primeras evidencias escritas de la cultura occidental las voces de las mujeres son acalladas en la esfera pública. Es más, tal y como lo plantea Homero, una parte integrante del desarrollo de un hombre hasta su plenitud consiste en aprender a controlar el discurso público y a silenciar a las hembras de su especie. Las palabras literales pronunciadas por Telémaco son harto significativas, porque cuando dice que el «relato» está «al cuidado de los hombres», el término que utiliza es *mythos*, aunque no en el sentido de «mito», que es como ha llegado hasta nosotros, sino con el significado que tenía en el griego homérico, que aludía al discurso público acreditado, no a la clase de charla ociosa, parloteo o chismorreos de cualquier persona, incluidas las mujeres, o especialmente las mujeres.



1. Vaso ateniense del siglo V a. C. que muestra a Penélope sentada junto a su telar (la tarea de tejer fue siempre indicativa de una buena esposa griega). Telémaco está de pie frente a ella.

Lo que me interesa es la relación entre este momento homérico clásico en el que se silencia a una mujer y algunas de las formas en que no se escuchan públicamente las voces de las mujeres en nuestra cultura contemporánea y en nuestra política, desde los escaños del Parlamento hasta las fábricas y talleres. Es una acostumbrada sordera bien parodiada en la viñeta de un viejo ejemplar de *Punch*: «Es una excelente propuesta, señorita Triggs. Quizás alguno de los hombres aquí presentes quiera hacerla». Examinemos ahora cómo podría relacionarse esta situación con el abuso al que, incluso hoy en día, están sometidas muchas mujeres que sí

hablan, y una de las cuestiones que me ronda por la cabeza es la conexión entre pronunciarse públicamente a favor de un logo femenino en un billete bancario, las amenazas de violación y decapitación en Twitter, y el menosprecio de Telémaco hacia Penélope.

Mi objetivo aquí es adoptar un punto de vista amplio y distante, muy distante, sobre la relación culturalmente complicada entre la voz de las mujeres y la esfera pública de los discursos, debates y comentarios: la política en su sentido más amplio, desde los comités de empresa hasta el Parlamento. Espero que este enfoque desde la lejanía nos ayude a superar el simple diagnóstico de «misoginia» al que recurrimos con cierta indolencia, pese a ser, sin duda alguna, una forma de describir lo que ocurre. (Si uno acude a un programa de debate en televisión y después recibe una avalancha de tuits en los que se comparan tus genitales con una variedad de vegetales podridos, es difícil encontrar una palabra más adecuada para definir la situación.) No obstante, si lo que queremos es comprender —y hacer algo al respecto— el porqué las mujeres, incluso cuando no son silenciadas, tienen que pagar un alto precio para hacerse oír, hemos de reconocer que el tema es un poco más complicado y que hay un trasfondo al que hay que remitirse.



«Es una excelente propuesta, señorita Triggs. Quizás alguno de los hombres aquí presentes quiera hacerla.»

2. Hace casi treinta años, la humorista gráfica Riana Duncan captó el ambiente sexista en una reunión o sala de juntas. Es difícil encontrar a una mujer que no haya recibido, en alguna ocasión, «el trato de la señorita Triggs» después de haberse expresado en una reunión.

El arrebato de Telémaco no fue más que el primer caso de una larga lista, que se extiende a lo largo de toda la Antigüedad griega y romana, de fructuosos intentos no solo por excluir a las mujeres del discurso público sino también por hacer ostentación esta exclusión. A principios del siglo IV a. C., por ejemplo, Aristófanes dedicó una comedia entera a la «hilarante» fantasía de que las mujeres pudieran hacerse cargo del gobierno del Estado. Parte de la broma consistía en que las mujeres no podían hablar en público con propiedad, o más bien que no podían adaptar su charla privada (que en este caso estaba centrada básicamente en el

sexo) al elevado lenguaje de la política masculina. En el mundo romano, las *Metamorfosis* de Ovidio —esa extraordinaria épica mitológica sobre los cambios físicos de los personajes (y probablemente la obra más influyente de la literatura occidental después de la Biblia)— vuelve reiteradamente a la idea de silenciar a las mujeres en su proceso de transformación. Júpiter convirtió en vaca a la pobre Ío para que tan solo pudiera mugir, no hablar; mientras que la parlanchina Eco es castigada a que su voz no sea nunca la suya, a ser un simple un instrumento que repita las palabras de los demás. En el famoso cuadro de Waterhouse, Eco contempla a su anhelado Narciso sin poder entablar conversación con él, mientras este se enamora de su propia imagen reflejada en un estanque.



3. La pintura de David Teniers, del siglo XVII, muestra el momento en que Júpiter entrega a la pobre Ío, ahora convertida en vaca, a su esposa Juno, para disipar cualquier sospecha de que su interés por ella fuera de carácter sexual (que, por supuesto, sí lo era).

Un antólogo romano serio del siglo I d. C. solo pudo recopilar tres ejemplos de «mujeres cuya condición natural no consiguió acallarlas en el foro». Sus descripciones son reveladoras. La primera, una mujer llamada Mesia, se defendió a sí misma con éxito en los tribunales y «dado que tenía una auténtica naturaleza masculina tras su apariencia de mujer fue apodada la “andrógina”». La segunda, Afrania, solía iniciar ella misma las demandas judiciales y era tan «descarada» que las defendía personalmente, por lo que todo el mundo estaba harto de sus «ladridos» o «gruñidos» (no se le concede la gracia del «habla» humana). Sabemos que murió en el año 48 a. C., porque «con semejantes bichos es más importante documentar su muerte que su nacimiento».

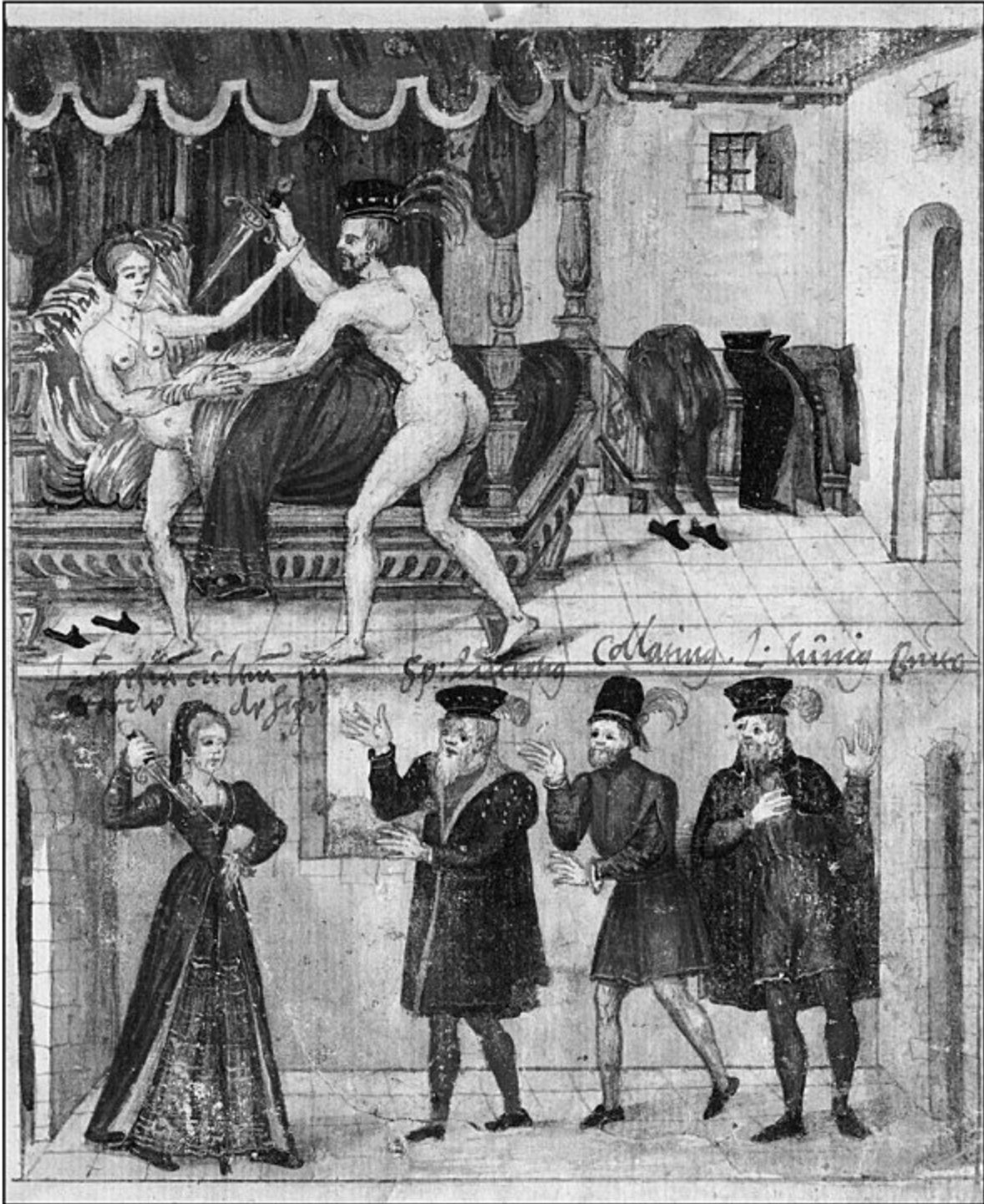


4. En la fantástica e imaginativa versión de John William Waterhouse de esta escena (pintada en 1903), la semidesnuda Eco contempla enmudecida a su «narcisista» preocupado por su propia imagen en el estanque.

En el mundo clásico hay solo dos importantes excepciones de esta abominación respecto a las mujeres que hablan en público. En primer lugar, se les concede permiso para expresarse a las mujeres en calidad de víctimas y de mártires, normalmente como preámbulo a su muerte. A las

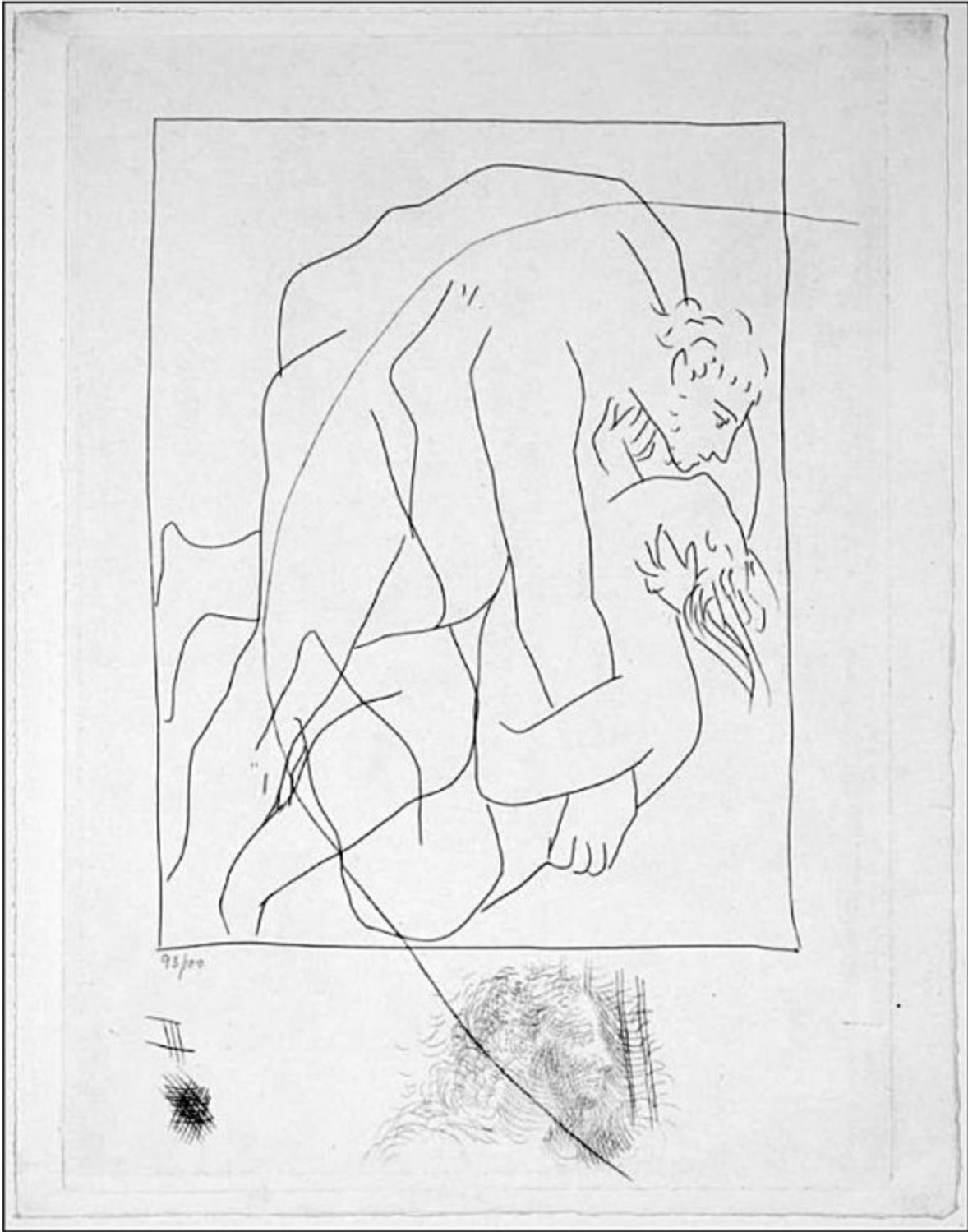
primeras mujeres cristianas se las representaba proclamando su fe a gritos mientras eran conducidas a los leones, y en un conocido relato de la historia arcaica de Roma, a la virtuosa Lucrecia, violada por un desalmado príncipe de la monarquía gobernante, se le concede un papel con diálogo solo para denunciar al violador y anunciar su propio suicidio (o así lo presentaron los autores romanos: no tenemos la menor idea de lo que sucedió realmente). No obstante, incluso esta ínfima y amarga oportunidad de expresión podía ser denegada. En un relato de las *Metamorfosis* se nos cuenta la violación de la joven princesa Filomela, a la que el violador, para evitar cualquier denuncia al estilo de Lucrecia, sencillamente le corta la lengua. Esta idea la recoge Shakespeare en su *Tito Andrónico*, donde también se le arranca la lengua a Lavinia tras ser violada.

La otra excepción es más corriente, pues en ocasiones las mujeres podían levantarse y hablar legítimamente para defender sus hogares, a sus hijos, a sus maridos o los intereses de otras mujeres. Por consiguiente, en el tercero de los tres ejemplos de oratoria femenina planteados por el antólogo romano, la mujer, de nombre Hortensia, se sale con la suya porque actúa explícitamente como portavoz de las mujeres de Roma (y solo de las mujeres), tras haber sido sometidas a un impuesto especial sobre el patrimonio para financiar un dudoso esfuerzo de guerra. Dicho de otro modo, en circunstancias extremas las mujeres pueden defender públicamente sus propios intereses sectoriales, pero nunca hablar en nombre de los hombres o de la comunidad en su conjunto. En general, tal y como lo expresó un gurú del siglo II d. C., «una mujer debería guardarse modestamente de exponer su voz ante extraños del mismo modo que se guardaría de quitarse la ropa».



5. Estampa de un manuscrito del siglo XVI que ilustra los dos episodios clave de la historia de Lucrecia. En el registro superior, Sexto Tarquinio ataca a la virtuosa mujer (resulta desconcertante que la vestimenta del agresor esté colocada con esmero al lado de

la cama); en el inferior, Lucrecia, con atuendo del siglo XVI, denuncia al violador ante su familia.



6. *Picasso realizó en 1930 una versión de la violación de Filomela por parte de Tereo.*

No obstante, en todo esto hay mucho más de lo que se percibe a simple vista. Esta «mudez» no es solo un reflejo de la privación general de poder de las mujeres en el mundo clásico, donde, entre otras cosas, no tenían derecho al voto y su independencia legal y económica era limitada. En la Antigüedad, las mujeres no solían elevar su voz en la esfera política, donde no tenían participación alguna, pero aquí estamos ante una exclusión de las mujeres del discurso público mucho más activa y malintencionada, con un impacto mucho mayor del que reconocemos en nuestras propias tradiciones, convenciones y supuestos acerca de la voz de las mujeres. Lo que quiero decir es que el discurso público y la oratoria no eran simplemente actividades en que las mujeres no tenían participación, sino que eran prácticas y habilidades exclusivas que definían la masculinidad como género. Como ya hemos visto con Telémaco, convertirse en un hombre (o por lo menos en un hombre de la élite) suponía reivindicar el derecho a hablar, porque el discurso público era un (o mejor el) atributo definitorio de la virilidad. Es más, citando un conocido eslogan romano, el ciudadano de la élite podía definirse como *vir bonus dicendi peritus*, «un hombre bueno diestro en el discurso». Por consiguiente, una mujer que hablase en público no era, en la mayoría de los casos y por definición, una mujer.

Si recorremos la literatura antigua, encontraremos un reiterado énfasis sobre la autoridad de la voz grave masculina en contraste con la femenina. Un antiguo tratado científico enuncia de forma explícita: una voz grave indica coraje viril, mientras que una voz aguda es indicativo de cobardía femenina. Otros autores clásicos insistían en que el tono y timbre del habla de las mujeres amenazaba con subvertir no solo la voz del orador masculino sino también la estabilidad social y política, la salud, del Estado. En una ocasión, un orador e intelectual del siglo II d. C. con el nombre revelador de Dión Crisóstomo, que significa literalmente Dión «Boca de Oro», pidió a su audiencia que imaginase una situación en la que «una comunidad entera se viera afectada por una extraña dolencia: que,

repentinamente, todos los hombres tuvieran voces femeninas, y ningún varón —niño o adulto— pudiera hablar de manera viril. ¿No sería esta una situación terrible y más difícil de soportar que cualquier otra plaga? No me cabe duda de que enviarían una delegación a un santuario para consultar a los dioses y tratar de propiciar el favor divino con numerosas dádivas». No era ninguna broma.



7. Hortensia aparece en el compendio De las mujeres ilustres en romance de Boccaccio. En esta edición del siglo XV, se la representa ataviada con indumentaria de ese mismo siglo dirigiendo con osadía a su séquito de seguidoras para enfrentarse a las autoridades romanas.

No estamos hablando de la peculiar ideología de una cultura distante, puede que distante en el tiempo, sí, pero quiero destacar que se trata de

una tradición de discurso de género —y de la teorización del discurso de género— de la que todavía, en mayor o menor medida, somos herederos. Pero no sobredimensionemos el caso. La cultura occidental no se lo debe todo a los griegos y a los romanos, ni en lo relativo al discurso ni en ningún otro aspecto (afortunadamente, porque a ninguno de nosotros le gustaría vivir en un mundo grecorromano). Confluyen en nosotros toda clase de influencias diferentes y encontradas, y por suerte nuestro sistema político ha derribado muchas de las convicciones de género de la Antigüedad, pero aun así, nuestras propias tradiciones de debate y discurso público, sus convenciones y normas, siguen todavía, en gran medida, la estela del mundo clásico. Las técnicas de retórica y persuasión modernas formuladas en el Renacimiento se inspiraron indiscutiblemente en los discursos y manuales antiguos. Nuestra propia terminología de análisis retórico se remonta directamente a Aristóteles y a Cicerón (antes de la era de Donald Trump era habitual señalar que Barack Obama, o los autores de sus discursos, habían aprendido de Cicerón a jugar sus mejores bazas). Y aquellos caballeros decimonónicos que concibieron, o consagraron, las reglas y procedimientos parlamentarios de la Cámara de los Comunes fueron educados en esas teorías clásicas, eslóganes y prejuicios que acabo de mencionar. Una vez más, no somos simplemente víctimas o incautos de nuestra herencia clásica, sino que las tradiciones clásicas nos han proporcionado un poderoso patrón de pensamiento en cuanto al discurso público, que nos permite decidir lo que es buena o mala oratoria, convincente o no, y el discurso de quién merece espacio para ser escuchado. Y el género es, obviamente, una parte importante de esta amalgama.

No hay más que echar un vistazo fortuito a las modernas tradiciones occidentales de pronunciar discursos —por lo menos hasta el siglo xx— para ver que muchos de los temas clásicos que he destacado hasta ahora emergen una y otra vez. Las mujeres que reclaman una voz pública son tratadas como especímenes andróginos —como Mesia, que se defendía en

el foro— o parece que se traten a sí mismas como tales. Un caso evidente es la beligerante arenga de Isabel I a las tropas en Tilbury en 1588 ante la llegada de la Armada española. En las palabras que muchos de nosotros aprendimos en la escuela, parece confesar su propia androginia:

Sé que tengo el cuerpo de una mujer débil y frágil, pero tengo el corazón y el estómago de un rey, el de un rey de Inglaterra.

Extraño lema para que lo aprendan las niñas, pero la verdad es que probablemente nunca dijera nada parecido. No hay ningún guion escrito de su puño y letra ni de quien le redactara los discursos, ningún relato testimonial, y la versión canónica procede de una carta de un comentarista poco fiable, que tenía sus propios intereses, escrita casi cuarenta años después. No obstante, para el propósito que nos ocupa, la probable irrealidad del discurso incluso lo favorece: el giro interesante es que el autor de la carta pone en boca de la propia Isabel I la declaración (o confesión) de androginia.

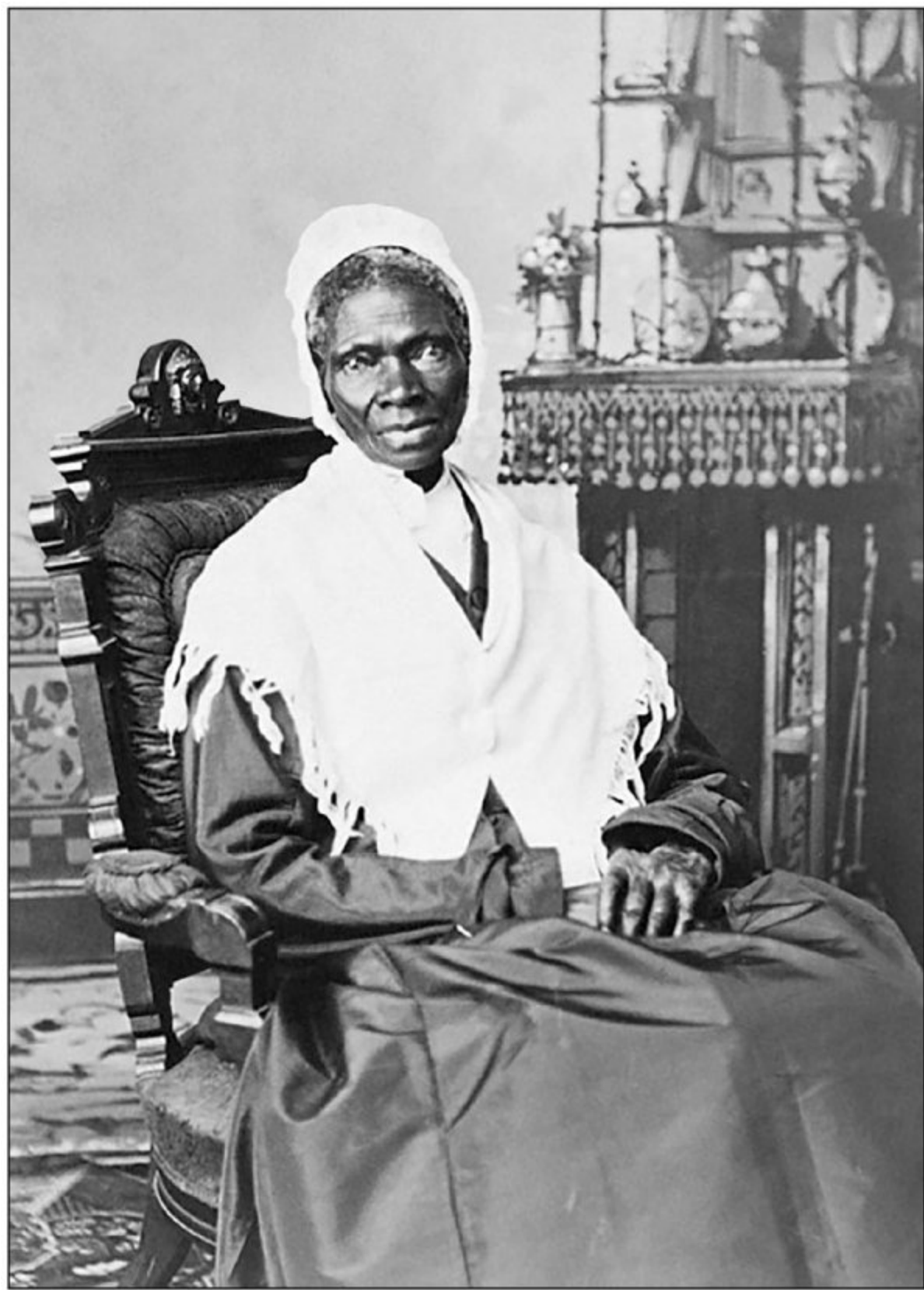


8. Imagen de la reina Isabel I en Tilbury, reproducida a menudo en los libros de texto decimonónicos para escolares. La reina, con su delicado vestido vaporoso, está rodeada de hombres y de picas por todas partes.

Cuando nos detenemos en las tradiciones modernas de oratoria en general, vemos que las mujeres tienen licencia para hablar en público en los mismos ámbitos: ya sea en apoyo de sus propios intereses sectoriales o para manifestar su condición de víctimas. Si buscamos las contribuciones de las mujeres incluidas en esos curiosos compendios llamados «los cien mejores discursos de la historia» o algo parecido, encontraremos que la mayoría de las aportaciones femeninas, desde Emmeline Pankhurst hasta el discurso de Hillary Clinton en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre las mujeres de Pekín, tratan del sino de las mujeres. Lo mismo ocurre con el ejemplo de oratoria femenina más popular de las antologías, el discurso «¿Acaso no soy una mujer?», de Sojourner Truth, ex esclava, abolicionista y defensora norteamericana de los derechos de las mujeres, pronunciado en 1851. Se le atribuyen estas palabras: «¿Acaso no soy una mujer?».

He tenido trece hijos, y los vi vender a casi todos como esclavos, y cuando lloraba junto a las penas de mi madre, ¡nadie, sino Jesús me escuchaba! ¿Y acaso no soy una mujer? ...

Debo decir que estas palabras, aun siendo influyentes, son ligeramente menos míticas que las de Isabel I en Tilbury. La versión autorizada se escribió en torno a una década después de que Sojourner Truth hiciese su declaración, momento en el que se insertó el famoso estribillo, que a todas luces no pronunció, y en que sus palabras fueron traducidas a un dejo sureño para encajarlas con el mensaje abolicionista, pese a que Truth procediera del norte y hubiera sido criada en lengua holandesa. Con ello no quiero decir que las voces de las mujeres a favor de las causas femeninas no fueran, o no sean, importantes (alguien tiene que hablar en nombre de las mujeres), pero el caso es que el discurso público de las mujeres ha estado «encasillado» en este ámbito durante siglos.



9. *Sojourner Truth, fotografiada en 1870 cuando tenía más de setenta años, ofrece aquí un aspecto de anciana serena y venerable, muy alejado del radicalismo combativo.*

Ni siquiera esta licencia ha estado siempre, o de forma sistemática, al alcance de las mujeres; tenemos numerosos ejemplos de intentos de eliminar por completo del discurso público a las mujeres, al estilo de Telémaco. Un caso reciente y tristemente célebre fue el silenciamiento de Elizabeth Warren en el Senado de los Estados Unidos —y su exclusión del debate— cuando trató de leer una carta de Coretta Scott King. Sospecho que pocos conocemos las normas que rigen el debate senatorial como para saber hasta qué punto estaba formalmente justificada esa decisión, pero aquellas mismas normas no impidieron que Bernie Sanders y otros senadores (en su apoyo) leyeran exactamente la misma carta sin ser excluidos. Existen también ejemplos literarios hartamente inquietantes.

Uno de los temas principales de *Las bostonianas* de Henry James, publicado en la década de 1880, es precisamente el silenciamiento de Verena Tarrant, una joven oradora defensora del feminismo. A medida que va intimando con su pretendiente Basil Ransom (un hombre dotado de una voz grave y profunda, como bien destaca el propio James), cada vez le cuesta más hablar en público, como hacía antes. En efecto, Ransom privatiza su voz e insiste en que hable solo para él: «Guarda para mí tus reconfortantes palabras», le dice. En la novela resulta difícil determinar la opinión de James —no cabe duda de que Ransom no entusiasma a los lectores—, pero en sus ensayos el escritor deja claro su punto de vista, puesto que escribió sobre el efecto contaminante, contagioso y socialmente destructivo de las voces de las mujeres, palabras que fácilmente podrían haber salido de la pluma de un romano del siglo II d. C. (y casi con toda seguridad derivadas en parte de fuentes clásicas). Bajo la influencia de las mujeres norteamericanas, insistía, el lenguaje corre el riesgo de convertirse en un «balbuceo o batiburrillo generalizado, un babeo, un gruñido o un gimoteo sin lengua»; sonará como el «mugido de una vaca, el rebuzno de un asno y el ladrido de un perro». (Obsérvese el eco de la mutilada lengua de Filomela, el mugido de Ío y el ladrido de la

oradora en el foro romano.) James no fue más que uno entre una legión. En lo que en aquellos tiempos equivalía a una cruzada respecto a las normas adecuadas del discurso norteamericano, otros eminentes contemporáneos elogiaron el dulce cantar doméstico de la voz femenina, mientras rechazaban frontalmente su uso en el mundo exterior. Hubo un enorme revuelo sobre los «agudos tonos nasales» presentes en el discurso público de las mujeres, sobre sus «gangueros, soplidos, resoplidos, gimoteos y relinchos». «En nombre de nuestros hogares, de nuestros hijos, de nuestro futuro, de nuestro honor nacional —exclamó James—, ¡no permitamos que haya mujeres así!»

Es evidente que hoy en día no hablamos en estos términos tan descarnados, o no del todo. Para muchos, ciertos aspectos de este tradicional bagaje de criterios acerca de la ineptitud de las mujeres para hablar en público —un bagaje que, en lo esencial, se remonta a dos milenios atrás— todavía subyacen en algunos de nuestros supuestos sobre la voz femenina en público y la incomodidad que esta genera. Examinemos por ejemplo el lenguaje que todavía utilizamos para describir el sonido del habla de las mujeres, que no está tan alejado de James o de los romanos. Cuando las mujeres defienden una cuestión en público, cuando sostienen su posición, cuando se expresan, ¿qué decimos que son? Las calificamos de «estridentes»; «lloriquean» y «gimotean». Tras un ataque particularmente infame de comentarios por internet acerca de mis genitales, tuiteé (creo que con bastante coraje) que todas aquellas injurias eran «un puñetazo en plena boca», palabras que fueron trasladadas por el comentarista de una popular revista británica en estos términos: «La misoginia es verdaderamente “un puñetazo en plena boca”, gimoteó». (Por lo que he podido comprobar tras un rápido rastreo en Google, el otro único grupo de este país al que se le acusa de «gimotear» es a los entrenadores de fútbol de primera división tras una mala racha.)

¿Realmente importan estas palabras? Por supuesto que sí, porque apuntalan una expresión que sirve para despojar de autoridad, fuerza e incluso humor, aquello que dicen las mujeres. Se trata de un término que restituye con eficacia a la mujer a la esfera doméstica (la gente

«lloriquea» por cosas como fregar los platos); trivializa sus palabras o las sitúa en el ámbito de lo privado, contrariamente a lo que ocurre con el hombre de «voz grave», con todas las connotaciones de profundidad que aporta la simple palabra «grave». Se da el caso de que cuando los oyentes escuchan una voz femenina, no perciben connotación alguna de autoridad o más bien no han aprendido a oír autoridad en ella; no oyen *mythos*. Y no se trata solo de la voz: pueden añadirse los rostros ajados y arrugados que indican madurez y sabiduría en el caso de un hombre, mientras que en el caso de una mujer son señal de que se le ha «pasado la fecha de caducidad».

Por otro lado, tampoco se suele escuchar la voz de alguien experto, por lo menos no fuera de los ámbitos tradicionales de los intereses sectoriales de las mujeres. Para una parlamentaria, ser ministra de Igualdad (o de Educación o Sanidad) es algo muy distinto que ser ministra de Hacienda, cargo que hasta el momento no ha sido ocupado por ninguna mujer en el Reino Unido. En todas las esferas observamos una tremenda resistencia a la intrusión femenina en el territorio discursivo tradicionalmente masculino, ya sea a través de los insultos proferidos a Jacqui Oatley por tener la osadía de abandonar el campo de juego para convertirse en la primera comentarista femenina del programa de fútbol *Match of the Day*, o a través de los que se infligen a las mujeres que aparecen en *Question Time*, donde los temas a debate son normalmente de «política masculina». Por otro lado, no debería sorprendernos que el mismo comentarista que me acusó de «gimotear» pretenda organizar un «pequeño concurso desenfadado» para elegir a la «mujer más tonta de las que han pasado por *Question Time*». Un aspecto todavía más interesante es la conexión cultural que se pone de manifiesto cuando una mujer defiende opiniones impopulares, polémicas o simplemente diferentes: en este caso se consideran indicativas de su estulticia. No es que uno esté en desacuerdo con ella, es que es tonta: «Lo siento, cariño, pero es que no lo entiendes». He perdido la cuenta de las veces que me han llamado «cretina ignorante».



10. Jacqui Oatley recibiendo un título honorífico en 2016. Cuando inició su andadura como comentarista en el programa Match of the Day en 2017, hubo una oleada de críticas. «Un insulto a los comentarios contrastados» de los hombres, dijeron. Incluso hubo quien espetó: «Cambiaré de canal».

Estas actitudes, supuestos y prejuicios están profundamente arraigados en nosotros: no en nuestros cerebros (no hay ninguna razón neurológica que nos haga considerar que las voces graves están más acreditadas que las agudas), pero sí en nuestra cultura, en nuestro lenguaje y en los milenios de nuestra historia. Y cuando pensamos en la escasa representación femenina en la política nacional, en su relativa mudez en la esfera pública, hemos de ir más allá de lo que algunos políticos británicos prominentes y sus compinches tramaron en el Oxford Bullington Club,^[1] más allá del mal comportamiento y de la cultura machista de Westminster, más allá incluso de los horarios compatibles con la familia y de los servicios de atención a la infancia (por importantes que sean). Hemos de centrarnos en aspectos aún más fundamentales, sobre cómo hemos aprendido a escuchar

las contribuciones de las mujeres o —volviendo de nuevo a la viñeta de la revista *Punch*— sobre lo que me gustaría llamar la «cuestión de la señorita Triggs»; pero no solo para preguntarnos cómo consiguen meter baza, sino para ser más conscientes de los procesos y prejuicios que hacen que no las escuchemos.

Algunas de estas mismas cuestiones de voz y género están presentes en el tema de los trolés de internet y en la hostilidad —desde el insulto hasta las amenazas de muerte— que circula por la red. Hemos de evitar generalizaciones sobre los aspectos más despreciables de la red: los abusos aparecen bajo formas muy variadas (no es lo mismo en Twitter, por ejemplo, que en la sección de comentarios de un periódico), pero las delictivas amenazas de muerte son harina de otro costal y nada tienen que ver con los «desagradables» insultos sexistas. Cualquier persona se convierte en el blanco de sus iras, desde padres apenados por la muerte de sus hijos adolescentes hasta «famosos» de toda índole. Lo que sí está claro, aunque las cifras exactas varían, es que entre los perpetradores de tales ignominias hay más hombres que mujeres, y atacan a las mujeres mucho más que a los hombres. Por si sirve de consuelo (y no he sufrido más que otras mujeres), cada vez que hablo por la radio o salgo en televisión, recibo lo que eufemísticamente podríamos denominar una respuesta «inadecuadamente hostil», es decir, algo más que críticas razonables o incluso enfado razonable.

Sin duda, hay muchas cosas que propician estos insultos, que provienen, unas veces, de muchachos que se portan mal; otras, de personas que han bebido demasiado; de gente que por cualquier motivo ha perdido sus inhibidores internos (y que después se arrepienten). Muchos de ellos son personas que, más que ser malvadas, dan pena. Cuando me siento caritativa, pienso que muchos de los improperios proceden de individuos que se sienten decepcionados por las falsas promesas de democratización proclamadas, por ejemplo, por Twitter, que había de ser la herramienta que nos conectase directamente con aquellos que ostentan el poder y facilitase

una nueva forma de conversación democrática. Y sin embargo, no es así: si tuiteamos al presidente o al papa, nuestras palabras serán tan ignoradas como lo serían nuestras cartas. No olvidemos que quien escribe los tuits que aparecen con su nombre, la mayoría de las veces no es el presidente. ¿Cómo podría? (En cuanto al papa no estoy segura.) Buena parte de los insultos son un alarido de la frustración causada por esas falsas promesas y van dirigidos al blanco tradicional más fácil («una mujer chismosa»). Recordemos, no obstante, que las mujeres no son las únicas que pueden sentirse «privadas de voz».

Cuanto más examino las amenazas e insultos que reciben las mujeres, más parecen encajar en los viejos patrones mencionados anteriormente. Para empezar, poco importa el enfoque que una adopte, porque si se adentra en territorio tradicionalmente masculino, el ataque llega indefectiblemente, y lo que lo provoca no es lo que se dice, sino el simple hecho de decirlo. El contenido de las amenazas incluye un repertorio hartamente predecible: violación, bombardeo, asesinato y demás lindezas (todo esto puede sonar en cierto modo relajado, pero no por ello deja de ser estremecedor cuando el ataque llega a altas horas de la noche). No obstante, hay un apartado bastante significativo que va dirigido a silenciar a las mujeres, y una de las cantinelas que más se repite es la de «¡Cállate, puta!». Otras prometen privar a las mujeres de la capacidad de hablar como en el tuit que me dirigieron: «Te voy a cortar la cabeza y a violarla». Una periodista norteamericana fue amenazada por un tuitero que había elegido el nombre de «Cerdadescabezada», mientras que otra recibió la perla de «Deberían arrancarte la lengua».

Es una manera despiadada y agresiva de mantener a las mujeres fuera del ámbito del discurso masculino, y es difícil no ver una cierta relación entre estos enloquecidos ataques en Twitter —que no suelen pasar de ahí— y el acoso verbal que con tanta vehemencia y griterío ejercen los miembros masculinos de la Cámara de los Comunes contra las mujeres parlamentarias, hasta el extremo de impedir que se oiga lo que dicen. (En el Parlamento afgano, al parecer, desconectan los micrófonos cuando no quieren oír hablar a las mujeres.) Irónicamente, la bienintencionada

solución que se recomienda a las mujeres receptoras de semejantes improperios provoca el resultado que buscan los autores de los mismos: su silencio. «No desafiéis a los agresores, no les prestéis atención porque eso es justo lo que quieren. Guardad silencio y “bloqueadlos”», nos dicen. No es más que una ominosa reiteración de la vieja consigna que invita a las mujeres a «aguantar y callar», dejando que los matones ocupen el terreno de juego sin oposición alguna.

Hasta aquí el diagnóstico, pero ¿cuál es el remedio práctico? ¡Ojalá lo supiera! Seguro que no hay ningún grupo de amigas o colegas que no haya comentado, en más de una ocasión, los aspectos cotidianos que encierra la «cuestión de la señorita Triggs», ya sea en la oficina, en una sala de reuniones, en el consistorio, en un seminario o en la Cámara de los Comunes. ¿Cómo hago para que escuchen mi punto de vista? ¿Cómo consigo que me hagan caso? ¿Cómo consigo formar parte de la discusión? Estoy convencida de que también algunos hombres sienten lo mismo, pero si hay algo que une a las mujeres de los más diversos antecedentes y procedencias, de todos los colores políticos y en todos los ámbitos laborales y profesionales, es la experiencia clásica de la intervención fallida. La situación es la siguiente: en una reunión, una mujer hace una observación, le sigue un breve silencio y, tras unos incómodos segundos, un hombre retoma su argumento allí donde lo había dejado: «Lo que estaba diciendo es que...». El efecto es como si nunca hubiera abierto la boca, y termina culpándose a sí misma y a los hombres a cuyo exclusivo club parece pertenecer la discusión.

Aquellas mujeres que, como Mesia en el foro o Isabel I en Tilbury, consiguen hacerse oír, a menudo adoptan una versión de la vía «andrógina», imitando conscientemente aspectos de la retórica masculina. Eso fue precisamente lo que hizo Margaret Thatcher cuando reeducó su voz, demasiado aguda, para darle el tono grave de autoridad que sus consejeros creían que le faltaba. Si funcionó, quizás no sea correcto criticarlo, pero este tipo de tácticas contribuye a que las mujeres sigan sintiéndose excluidas, imitadoras de papeles retóricos que no perciben

como propios. Dicho sin rodeos, que las mujeres pretendan ser hombres puede ser un apaño momentáneo, pero no va al meollo del problema.

Hemos de pensar, fundamentalmente, en las reglas que rigen nuestras intervenciones retóricas, y no me refiero a la consabida afirmación de que «después de todo, los hombres y las mujeres hablan lenguas diferentes» (y si lo hacen es sin duda porque se les han enseñado diferentes lenguas), ni pretendo tampoco sugerir que sigamos por la senda de la psicología pop de que «los hombres son de Marte y las mujeres de Venus». Mi impresión es que si queremos avanzar de verdad en la «cuestión de la señorita Triggs», hemos de volver a algunos de los principios básicos de la naturaleza de la autoridad hablada, de aquello que la compone y de cómo hemos aprendido a oír autoridad allí donde la oímos. Por consiguiente, en vez de impulsar a las mujeres a reeducar la voz para adquirir un tono agradable, profundo, ronco y totalmente artificial, deberíamos analizar las fallas y fracturas que subyacen en el discurso masculino dominante.



II. En la versión sorprendentemente «medieval» que Edward Burne-Jones hizo de esta escena, en 1896, la enmudecida Filomela aparece representada tras haber tejido la historia de su violación en el tapiz que aparece a sus espaldas.

Una vez más, resulta provechoso recurrir a los griegos y a los romanos, porque, pese a que la cultura clásica es en parte responsable de nuestras arraigadas convicciones de género en lo relativo al discurso público, el *mythos* masculino y el silencio femenino, también es cierto que algunos antiguos eran mucho más analíticos que nosotros en cuanto a estas convicciones: eran subversivamente conscientes de lo que estaba en juego, les preocupaba su simplicidad y apuntaban a la resistencia. Puede que Ovidio silenciara definitivamente a las mujeres en sus transformaciones o mutilaciones, pero también sugería que la comunicación podía trascender la voz humana, y que no era tan fácil acallar a las mujeres. Filomela perdió la lengua, pero aun así consiguió denunciar a su violador tejiendo su relato en un tapiz (por este motivo, a la Lavinia de Shakespeare se le cortan las manos, además de la lengua). Los más avisados teóricos de la retórica en la Antigüedad reconocían que las mejores técnicas masculinas de persuasión oratoria se acercaban peligrosamente a las técnicas (tal y como ellos las veían) de seducción femenina, de modo que aquel arte ya no era tan exclusivamente masculino, y eso les preocupaba.

Una anécdota especialmente sangrienta ilustra a la perfección los conflictos de género no resueltos agazapados bajo la superficie de la vida y el discurso públicos en la Antigüedad. En el trascurso de las guerras civiles romanas que siguieron al asesinato de Julio César en 44 a. C., Marco Tulio Cicerón, el orador y polemista público más potente jamás habido en el mundo romano, fue linchado. El escuadrón de la muerte que lo liquidó, le cortó la cabeza y las manos, y las llevó a Roma a guisa de triunfo, donde las clavó, para que todo el mundo las viera, en la tribuna del orador ubicada en el foro. Entonces, según cuenta la historia, Fulvia, la esposa de Marco Antonio, que había sido víctima de algunos de los discursos más demoledores de Cicerón, se acercó a echar un vistazo, pero al ver aquellos restos, se sacó unas horquillas del pelo y las clavó

repetidamente en la lengua de su enemigo. Es una imagen desconcertante de uno de los artículos característicos del adorno femenino, la horquilla, utilizado como arma contra el mismísimo lugar en el que se gesta el discurso masculino; una especie de Filomela al revés.

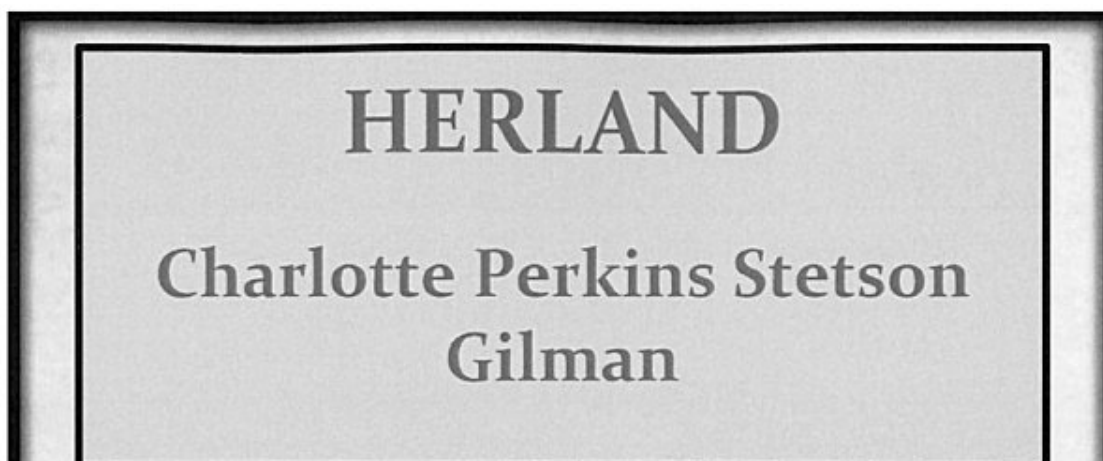


12. En la década de 1880, Pavel Svedomsky ofreció una desconcertante versión erótica de Fulvia deleitándose con la cabeza de Cicerón, que al parecer se había llevado a casa.

Lo que quiero señalar aquí es que existe una antigua tradición con consciencia crítica de sí misma: no una que desafía directamente al modelo clásico que he esbozado, sino una que está decidida a desvelar sus conflictos y paradojas, y plantear cuestiones cruciales sobre la naturaleza y propósito del lenguaje, masculino o femenino. Quizás deberíamos actuar y hacer aflorar a la superficie aquellos temas que tendemos a posponer acerca de cómo hablamos en público, por qué y cuál es la voz adecuada. Lo que necesitamos es cierta sensibilización sobre lo que entendemos por «voz de autoridad» y cómo hemos llegado a crearla. Es preciso resolver esto antes de decidir cómo responderíamos nosotras, las modernas Penélope, a nuestros Telémacos o, dado el caso, prestarle algunas horquillas a la señorita Triggs.

MUJERES EN EL EJERCICIO DEL PODER

En 1915 Charlotte Perkins Gilman publicó una divertida aunque inquietante historia titulada *Dellas. Un mundo femenino*, que, como su propio nombre indica, es una fantasía sobre una nación de mujeres —y solo mujeres— situada en un lugar remoto e inexplorado del globo que cuenta con dos mil años de existencia. Estas mujeres viven en una espléndida utopía: limpia y ordenada, colaborativa, pacífica —incluso los gatos han dejado de cazar pájaros— y perfectamente organizada en todos los aspectos, desde una agricultura sostenible y deliciosa comida hasta los servicios sociales y educación. Y todo ello depende de una milagrosa innovación. Al principio de la historia, las madres fundadoras habían perfeccionado, no se sabe cómo, la técnica de partenogénesis. Los detalles prácticos son algo confusos, pero el caso es que las mujeres solo daban a luz niñas sin intervención masculina alguna: no había sexo en Dellas.





13. La cubierta inglesa de Dellas. Un mundo femenino plasma la extraña fantasía utópica de la novela de Gilman, pero no sin los elementos de racismo y eugenesia de comienzos del siglo XX.

La historia trata de la alteración que produce en ese mundo la llegada de tres americanos: Vandyck Jennings, el tipo bueno que narra los acontecimientos; Jeff Margrave, un hombre cuya galantería lo lleva casi a la perdición ante todas aquellas mujeres; y el verdaderamente odioso Terry Nicholson. En un primer momento, Terry se niega a creer que no haya

hombres en algún sitio moviendo los hilos, porque, después de todo, ¿cómo podrían las mujeres llevar las riendas de algo? No obstante, cuando finalmente no le queda más remedio que aceptar la realidad, decide que lo que Deltas necesita es un poco de sexo y un poco de dominio masculino. La historia termina con la brusca deportación de Terry tras fracasar estrepitosamente en su intento de imponer control en el dormitorio.

En este relato encontramos todo tipo de ironías, y una de las situaciones más inverosímiles de la que se vale Perkins Gilman a lo largo de su relato es que las mujeres no son conscientes de sus propios logros. Han creado un Estado ejemplar, un Estado del que estar orgullosas, sin embargo, cuando tienen que hacer frente a los tres visitantes no deseados, cuyo calificativo moral se situaría entre la cobardía y la escoria, tienden a doblarse a la competencia, conocimiento y preparación de los hombres y, en cierto modo, se sienten fascinadas por el mundo masculino exterior. Aun habiendo creado una utopía, piensan que lo han estropeado todo.

No obstante, *Deltas* apunta a temas más sustanciosos sobre el modo en que reconocemos el poder femenino y sobre las historias, a veces divertidas, a veces terroríficas, que nos contamos al respecto, y que de hecho nos hemos contado durante milenios, por lo menos en Occidente. ¿Cómo hemos aprendido a mirar a las mujeres que ejercen el poder o que tratan de ejercerlo? ¿Cuál es el sustrato cultural que alimenta la misoginia en la política o en los puestos de trabajo y cuáles son sus formas (qué clase de misoginia, a quién o a qué va destinada, qué palabras o imágenes utiliza y con qué efectos)? ¿Cómo y por qué excluyen a las mujeres las definiciones convencionales de «poder» (o lo que es lo mismo, de «conocimiento», «pericia» y «autoridad») que llevamos a cuestas?

Afortunadamente, hoy en día hay más mujeres en lo que podríamos considerar puestos «de poder» que las que había hace diez años, por no hablar de medio siglo atrás, ya sea en el ejercicio de cargos políticos, de consejeras, de jefas de policía, de gerentes, de presidentas ejecutivas de empresas o de lo que sea: son una clara minoría, pero también son más. (Para dar una cifra, en la década de los años setenta, un 4 % ciento de parlamentarios en el Reino Unido eran mujeres, mientras que en la

actualidad el porcentaje ha ascendido a un 30 %.) Sin embargo, mi premisa fundamental es que nuestro modelo cultural y mental de persona poderosa sigue siendo irrevocablemente masculino, puesto que si cerramos los ojos y conjuramos la imagen de alguien que ocupa una presidencia o que ejerce la docencia, lo que la mayoría ve no es precisamente a una mujer, y eso ocurre incluso si quien imagina es una mujer: el estereotipo cultural es tan fuerte que, aun como fantasía o ensueño, me resulta difícil imaginarme, a mí misma o a alguien como yo, en mi papel. En Google Imágenes tecleé las palabras «docente de dibujos animados» para asegurarme de que me estaba dirigiendo a profesores imaginarios, al modelo cultural, no a los de verdad: de las primeras cien figuras que aparecieron, tan solo una, la profesora Holly de Pokémon Farm, era mujer.

Digámoslo al revés: no tenemos ningún modelo del aspecto que ofrece una mujer poderosa, salvo que se parece más bien a un hombre. La convención del traje pantalón, o como mínimo de los pantalones, que visten tantas líderes políticas, desde Angela Merkel hasta Hillary Clinton, puede ser cómoda y práctica. Esta forma de vestir puede que sea indicativa del rechazo a convertirse en un maniquí, destino de muchas de las esposas de los políticos, pero también puede que sea una táctica —como la de bajar el timbre de la voz— para que las mujeres parezcan más viriles y así puedan encajar mejor en el papel del poder. Isabel I (o quienquiera que inventase su famoso discurso) conocía perfectamente las reglas de juego cuando dijo que tenía «el corazón y el estómago de un rey». Asimismo, lo que hizo que las parodias de Melissa McCarthy del que fuera secretario de prensa de la Casa Blanca, Sean Spicer, en el programa *Saturday Night Live* fueran tan efectivas fue esta idea del divorcio entre mujeres y el poder. Corrió la voz de que estas mofas molestaron al presidente Trump más que muchas de las sátiras sobre su régimen, porque, según fuentes «próximas a él», «le desagrada que su gente parezca débil». Si descodificamos el mensaje, su verdadero significado es que no le gusta que sus hombres sean parodiados por y como mujeres. La debilidad es inherente al género femenino.

De ahí se desprende que las mujeres todavía son percibidas como elementos ajenos al poder. Podemos desear sinceramente que accedan a él o podemos, por vías a menudo inconscientes, tacharlas de intrusas cuando lo consiguen. (Aún recuerdo aquel Cambridge en el que, en la mayoría de facultades, los lavabos de las mujeres estaban en sitios tan recónditos que para acceder había que atravesar dos patios, recorrer un pasillo y bajar por las escaleras hasta el sótano: me preguntaba si aquello encerraba algún mensaje.) Desde todos los puntos de vista, las metáforas que utilizamos en relación con el acceso al poder por parte de las mujeres hacen hincapié en su exterioridad: «llamar a la puerta», «asaltar la ciudadela», «romper el techo de cristal», o simplemente «darles un empujón». Es habitual pensar que las mujeres que ocupan cargos de poder están derribando barreras o apoderándose de algo a lo que no tienen derecho.



14. *Angela Merkel y Hillary Clinton, ambas enfundadas en su uniforme de mujeres en el ejercicio de la política.*

Un titular aparecido en *The Times* a comienzos de 2017 lo resumía a la perfección. Encabezando un artículo sobre la posibilidad de que en breve las mujeres pudieran acceder a los puestos de jefa de la policía metropolitana, presidenta del consejo de administración unitario de la BBC y obispo de Londres, el epígrafe rezaba: «Las mujeres se preparan para tomar el poder en la Iglesia, la Policía y la BBC». (De estas predicciones, la única que resultó cierta fue la de Cressida Dick, que accedió al cargo de jefa de la policía metropolitana.) Ya sabemos que los redactores de titulares cobran para captar la atención, pero aun así, la idea de presentar la perspectiva de que una mujer se convierta en obispo de Londres como una «toma de poder» —y que miles y miles de lectores lo leyesen sin pestañear— es claro indicio de que hemos de ser más cautelosos en cuanto a nuestros supuestos culturales sobre la relación de las mujeres con el poder. Sin lugar a dudas, la creación de guarderías en los lugares de trabajo, los horarios compatibles con la familia, los programas de orientación y toda clase de recursos prácticos son elementos integradores, pero no son más que una parte de lo que hay que hacer. Si queremos dar a las mujeres como género —y no solo como unos pocos individuos concretos— un puesto dentro de las estructuras de poder, hemos de reflexionar sobre cómo y porqué pensamos del modo en que pensamos. Si hay un patrón cultural que funciona precisamente para despojar de poder a las mujeres, ¿cuál es exactamente y de dónde lo hemos sacado?

A estas alturas, puede resultarnos útil pensar en el mundo clásico, porque todavía seguimos utilizando, más a menudo de lo que imaginamos y a veces de forma chocante, antiguas expresiones griegas para representar la idea de las mujeres en el ejercicio del poder y fuera de él. A simple vista, tenemos un impresionante elenco de personajes femeninos poderosos en el repertorio de relatos y mitos griegos, pero en la realidad, las mujeres de la Antigüedad no tenían derechos políticos y muy poca independencia económica o social; y en algunas ciudades, como Atenas,

las mujeres casadas «respetables» de la élite apenas salían de casa. Sin embargo, las tragedias atenienses en concreto, y la imaginación griega en general, han poblado nuestro imaginario con una serie de féminas inolvidables: Medea, Clitemnestra y Antígona, entre muchas otras.

No obstante, distan mucho de ser modelos a seguir, puesto que en su mayoría se las retrata como usurpadoras, no como usuarias del poder, al que acceden ilegítimamente provocando el caos, la fractura del Estado, la muerte y la destrucción. Son híbridos monstruosos que no son en absoluto mujeres en el sentido griego, y por ende, siguiendo la inquebrantable lógica de sus historias, han de ser despojadas del poder y puestas de nuevo en su sitio. De hecho, lo que justifica su exclusión del poder en la vida real y apuntala el gobierno de los hombres es el incuestionable desastre que provocan las mujeres en el mito griego cuando ejercen la autoridad. (No puedo evitar pensar que Perkins Gilman estaba en cierto modo parodiando esta lógica cuando hizo que las mujeres de *Dellas* creyeran que lo habían estropeado todo.)

Retrocedamos a una de las primeras tragedias griegas, el *Agamenón* de Esquilo, que se representó por primera vez en 458 a. C., y encontraremos esta ideología horriblemente sintetizada en la antiheroína Clitemnestra, que, en la obra, asume el gobierno efectivo de la ciudad durante la ausencia de su marido, que está luchando en la guerra de Troya, y en el proceso deja de ser mujer. Esquilo utiliza repetidamente un lenguaje y términos masculinos para referirse a ella: en los primeros versos, por ejemplo, su personaje es descrito como *androboulon*, una palabra difícil de traducir con exactitud, pero que significa algo así como «de resolución varonil» o «de pensamiento varonil». No cabe duda de que el poder que ilegítimamente reclama Clitemnestra tiene un propósito destructivo cuando asesina a Agamenón en el baño tras su regreso. El orden patriarcal solo se restaurará cuando los hijos de Clitemnestra conspiren para darle muerte.





15. La imponente versión de Clitemnestra de finales del siglo XIX realizada por Frederic Leighton resalta también su lado masculino

en la robusta factura de los brazos y el atuendo, que bien podría valer para ambos sexos.

Una lógica similar se revela en las historias de la mítica raza de las amazonas, que a decir de los escritores griegos habitaban en algún remoto lugar de las fronteras septentrionales de su mundo. Este monstruoso regimiento, más violento y militarista que las pacíficas habitantes de Dellas, amenazaba constantemente con derrocar al civilizado mundo de Grecia y a los hombres griegos. El feminismo moderno ha malgastado demasiada energía tratando de demostrar la existencia de aquellas amazonas, con las seductoras posibilidades implícitas en una sociedad histórica realmente gobernada por y para las mujeres. Seguid soñando. La cruda realidad es que las amazonas eran un mito griego masculino, cuyo mensaje fundamental era que la única amazona buena era la amazona muerta o —volviendo al aborrecible Terry— dominada, en el dormitorio. El argumento subyacente sostenía que el deber ineludible de los hombres era salvar a la civilización del gobierno de las mujeres.

Cierto es que hay algunos ejemplos, aunque contados, en los que parece que se nos ofrece una versión más positiva del poder femenino en la Antigüedad. Una obra fundamental de la escena moderna es la comedia de Aristófanes que lleva por título el nombre de su protagonista principal, *Lisístrata*. Escrita a finales del siglo V a. C., sigue siendo una de las obras favoritas del público porque encarna una mezcla perfecta de clásico para intelectuales, de feminismo combativo y del recurrente no a la guerra, sazonado todo ello con una buena dosis de obscenidad (fue incluso traducida por Germaine Greer). Es la historia de una huelga de sexo situada, no en la esfera del mito, sino en el mundo contemporáneo de la antigua Atenas. Bajo el liderazgo de Lisístrata, las mujeres tratan de obligar a sus maridos a poner fin a la interminable guerra contra Esparta negándose a acostarse con ellos hasta conseguir su propósito. Durante casi toda la obra los hombres deambulan por el escenario con erecciones tremendamente incómodas (cosa que hoy en día suele crear dificultades e hilaridad en el departamento encargado del vestuario). A la postre, incapaces de seguir soportando aquel estorbo, ceden a las exigencias de las

mujeres y firman la paz. Poder femenino en su máxima expresión, podríamos concluir. A menudo se ha esgrimido a Atenea, diosa patrona de la ciudad, como representante de esta visión positiva. ¿Acaso el simple hecho de que fuera mujer no sugiere una versión más matizada de la imaginada esfera de influencia femenina?



16. El conflicto entre amazonas y griegos se ha utilizado como decoración en este vaso ateniense del siglo V a. C. Aquí las amazonas visten el equivalente antiguo de un «mono» estampado, o una elegante túnica con mallas. Para un observador antiguo, esta forma de vestir identificaría a los enemigos de los griegos en la vida real: los persas.



17. Amor en el último instante. En este vaso ateniense del siglo VI a. C., el héroe Aquiles da muerte a Penthesilea, reina de las amazonas: en el momento de atravesarla con su lanza, ambos se enamoran. Demasiado tarde.

Me temo que no. Si rascamos la superficie y volvemos al contexto del siglo V, *Lisístrata* se nos presenta bajo una luz muy diferente. No se trata solo de que, conforme a las convenciones atenienses, el público y los actores originales fueran exclusivamente hombres —probablemente los personajes femeninos eran damas de pantomima— sino del hecho de que, a la postre, la fantasía del poder de las mujeres queda firmemente aplastada. En la escena final, el proceso de paz consiste en sacar a una mujer desnuda a escena (o un hombre disfrazado de mujer en cueros) y

utilizarla como si fuera un mapa de Grecia, que se reparte metafóricamente de forma harto pornográfica entre atenienses y espartanos. Poco profeminismo a la vista.

Lysistrata

Doors Open at 7:30pm
Fenway Center
Saturday Nov. 8
& Sunday Nov. 9

Acting Out



image coming soon

New logo will be revealed at Lysistrata 1108



18. En este cartel que anuncia una producción de Lisístrata de 2015, se fusiona la famosa imagen de «Rosie the Riveter» (Rosie, la remachadora) con la mujer griega clásica para darle un sesgo feminista.



19. Las erecciones de los hombres ávidos de sexo en Lisístrata constituyen un problema para las producciones modernas. Aquí se muestra una solución utilizada en una representación reciente: un recipiente flexible alargado.

Es cierto que en esas listas binarias de antiguos dioses y diosas que aparecen en los libros de texto modernos («Zeus, rey de los dioses; Hera, esposa de Zeus»), Atenea figura en la columna femenina, sin embargo, en el contexto antiguo posee un aspecto fundamental: se trata de otro híbrido que, en el sentido griego, no es en absoluto una mujer. Para empezar, viste atuendo de guerrero, cuando el combate era tarea exclusiva de los hombres

(también este es uno de los problemas achacables a las amazonas) y, por añadidura, es virgen, cuando la razón de ser del sexo femenino era criar a nuevos ciudadanos. Ni siquiera ella había nacido de una madre, sino directamente de la cabeza de su padre, Zeus. Es como si Atenea, mujer o no, ofreciera un atisbo de un mundo masculino ideal en el que las mujeres no solo pudieran quedar arrinconadas en su sitio, sino que se pudiera prescindir de ellas por completo.





20. Esta copia romana en miniatura de la estatua de la diosa Atenea que se erguía en el Partenón capta a la perfección sus aspectos masculinos, desde el escudo y la coraza hasta la imagen de la victoria (militar) que tiene en la mano. En el centro del peto aparece la cabeza de Medusa.

El argumento es simple, pero importante: por más que retrocedamos en la historia occidental, vemos siempre una separación radical —real, cultural e imaginaria— entre las mujeres y el poder. Pero hay un elemento en el atuendo de Atenea que remite la cuestión directamente a la actualidad. En la mayoría de las representaciones de la diosa, justo en el centro del peto de su coraza aparece la imagen de una cabeza femenina con serpientes retorcidas a guisa de cabellos. Se trata de la cabeza de Medusa, una de las tres hermanas míticas conocidas como las Gorgonas, uno de los símbolos más potentes de la Antigüedad de dominio masculino sobre los peligros destructivos que implicaba la mera posibilidad del poder femenino. No es casual que la encontremos decapitada y que su cabeza sea exhibida con orgullo como un accesorio por esta divinidad femenina decididamente no femenina.

Una versión hartamente conocida de la historia de la Medusa, de entre las muchas variaciones antiguas, la presenta como una hermosa mujer violada por Poseidón en el templo de Atenea, quien la transformó inmediatamente, como castigo por el sacrilegio (ojo, la castigó a ella), en una criatura monstruosa con la capacidad mortífera de convertir en piedra a todo aquel que la mirase a la cara. Más tarde, el heroico Perseo se encargó de matar a esta mujer y le cortó la cabeza utilizando su reluciente escudo como espejo para evitar tener que mirarla directamente. Al principio se servía de

aquella cabeza como arma porque incluso muerta conservaba la capacidad de petrificar, pero después se la ofreció a Atenea que se la colocó en el peto, en un lugar bien visible (con el mensaje: guardaos de mirar directamente a la diosa).



21. Este vaso ateniense del siglo VI a. C. presenta a Atenea en el momento en que nace directamente de la cabeza de Zeus, un parto verdaderamente imaginativo, mientras los demás dioses contemplan el acontecimiento. El aparente delirio del mito griego tiene aquí un propósito importante y peligroso: en un mundo perfecto no harían falta mujeres para procrear.

No hace falta recurrir a Freud para ver en aquellos serpenteantes rizos una reivindicación implícita del poder fálico. Es el clásico mito en el que el dominio masculino se reafirma violentamente contra el poder ilegítimo de la mujer. La literatura, la cultura y el arte occidentales retornan reiteradamente a él en esos mismos términos. La cabeza sangrante de Medusa es una imagen habitual en las obras de arte modernas, a menudo

cargada de preguntas acerca de la capacidad del artista por representar un objeto que nadie debería contemplar. En 1598 Caravaggio ejecutó una extraordinaria versión de la cabeza decapitada con sus propios rasgos, eso es lo que se dice, chillando de horror, derramando sangre a borbotones y con las serpientes aún retorciéndose. Unas décadas antes, Benvenuto Cellini había erigido una enorme estatua de bronce de Perseo que todavía hoy se encuentra en la Piazza della Signoria de Florencia: el héroe está representado pisoteando el destrozado cadáver de Medusa, mientras sostiene en alto su cabeza chorreante de sangre.





22. *¿Triunfalismo heroico o sadismo misógino? En la estatua de Benvenuto Cellini, Perseo sostiene en alto la cabeza decapitada de Medusa mientras pisotea su cuerpo sin vida. Esta pieza forma una elocuente pareja con la escultura que hay justo detrás: el héroe griego Aquiles rapta con violencia a una princesa troyana.*

Lo que resulta chocante es que hoy en día esta decapitación sigue siendo un símbolo cultural de oposición al poder de las mujeres: los rasgos de Angela Merkel se han superpuesto una y otra vez a la imagen de Caravaggio. Siguiendo esta misma línea, en uno de los arrebatos más necios, una columna de la revista del sindicato de la policía apodó a Theresa May, durante la época en que fue ministra de Interior, la «Medusa de Maidenhead». «La comparación con la Medusa puede que sea un poco fuerte», replicó el *Daily Express*: «Todos sabemos que la señora May lleva un peinado muy bonito». En el congreso del Partido Laborista de 2017 circuló una viñeta con una imagen de «Maydusa», con serpientes y todo. No obstante, May salió bastante bien parada en comparación con Dilma Rousseff, que se llevó la peor parte cuando, siendo presidenta de Brasil, tuvo que inaugurar una importante exposición de Caravaggio en São Paulo. Obviamente, la *Medusa* estaba allí y Rousseff, posando frente al cuadro, dio pie a una irresistible fotografía.





23. La cabeza de Medusa de Caravaggio ha sido reproducida una y otra vez para «decapitar» a las mujeres políticas. En esta imagen Angela Merkel y Hillary Clinton son identificadas con Medusa y reciben el mismo tratamiento.



24. ¿Souvenirs inquietantes? En las elecciones presidenciales de 2016 en los Estados Unidos, los partidarios de Donald Trump tenían infinidad de imágenes clásicas para elegir, pero ninguna tan impactante como la de Trump convertido en Perseo decapitando a Hillary Clinton convertida en Medusa.

Sin embargo, el argumento de la Medusa alcanzó sus cotas más altas y repugnantes con Hillary Clinton, de quien los partidarios de Trump confeccionaron un gran número de imágenes en las que sus rizos se habían convertido en serpientes. La más espantosa de todas se había inspirado en el bronce de Cellini, mucho más adecuado que la pintura de Caravaggio porque no era solamente una cabeza: incluía también al heroico adversario y verdugo masculino. Lo único que había que hacer era superponer la cara de Trump a la de Perseo y darle los rasgos de Clinton a la cabeza decapitada (en aras del buen gusto, imagino, el destrozado cuerpo que aplasta Perseo en el original fue omitido). Es cierto que si uno se arrastra por los más oscuros recovecos de la red, encuentra también imágenes

desagradables de Obama, pero están en los lugares más tortuosos y recónditos. Quiero mencionar también una escena satírica de la televisión estadounidense, en la que se presentó una falsa cabeza cortada del propio Trump, pero en este caso el resultado fue que la humorista en cuestión perdió el trabajo. En cambio, la escena de Perseo-Trump blandiendo la cabeza goteante y supurante de la Medusa-Clinton se convirtió en parte del mundo decorativo cotidiano y doméstico de los norteamericanos: se podía comprar estampada en camisetas y chalecos, en tazas de café, fundas para portátiles y bolsas para la compra (unas veces con el logo TRIUNFO, otras con el nombre de TRUMP).[2] Puede que nos lleve unos instantes asimilar esta normalización de la violencia de género, pero si todavía tenéis dudas de hasta qué punto está culturalmente integrada la exclusión de las mujeres del poder o si receláis de la fuerza que ejercen las formas clásicas a la hora de formularla y justificarla, bien, os dejo a Trump y a Clinton, a Perseo y a Medusa, y con eso acabo.

Por supuesto, no podemos acabar sin decir qué es lo que deberíamos hacer al respecto. ¿Qué haría falta para resituarse a la mujer dentro de la esfera del poder? En mi opinión, hemos de distinguir aquí entre una perspectiva individual y una perspectiva más general. Si observamos a algunas de las mujeres que «lo han conseguido», veremos que las tácticas y estrategias que hay detrás de su éxito no se limitan a copiar expresiones masculinas. Un elemento que comparten muchas de estas mujeres es la capacidad de convertir los símbolos que normalmente despojan de poder a las mujeres en una ventaja a su favor. Al parecer Margaret Thatcher lo hizo con sus bolsos, de manera que al final el accesorio más estereotípicamente femenino se convirtió en un verbo de poder político: en el sentido figurado de «correr a bolsazos».[3] A un nivel incomparablemente inferior, yo misma hice algo similar cuando acudí a mi primera entrevista para un puesto académico, casualmente en la época de apogeo de Thatcher. Me compré un par de medias azules especialmente para la ocasión, pese a que no eran mi estilo habitual, pero la lógica de la metáfora me pareció

satisfactoria: «Si vosotros, entrevistadores, vais a pensar que soy una auténtica marisabidilla,[4] os demostraré que sé lo que estáis pensando y que yo lo pensé primero».



25. Margaret Thatcher «corre a bolsazos» a uno de sus ministros, el desdichado Kenneth Baker.

En cuanto a Theresa May, es demasiado pronto aún para decirlo, pero existe una creciente posibilidad de que algún día la consideremos retrospectivamente como una mujer que fue aupada al poder para fracasar. (Me estoy esforzando mucho para no compararla con Clitemnestra.) Tengo la impresión de que «el asunto del calzado» y los tacones bajos que suele llevar son una manera de recalcar su negativa a ser encasillada en el modelo masculino, y es bastante efectiva, como lo fue Thatcher, a la hora de explotar los puntos débiles del poder conservador masculino tradicional. El hecho de que no forme parte del mundo gregario de los chicos, de que no sea «uno de ellos», la ha ayudado a labrarse un territorio

independiente para sí misma, y esta exclusión le ha granjeado poder y libertad. Además, como es sabido, es alérgica al *mansplaining*.^[5]

Muchas mujeres podrían compartir perspectivas y tretas como esta, pero los grandes temas que he puesto sobre el tablero no se resuelven con trucos sobre cómo explotar el *statu quo*. Tampoco creo que la paciencia sea la respuesta, aunque sin duda habrá cambios graduales. No obstante, teniendo en cuenta que en el Reino Unido hace tan solo cien años que las mujeres tienen derecho a voto, deberíamos felicitarlos por la revolución que todos, hombres y mujeres, hemos llevado a cabo. Dicho esto, si no me equivoco acerca de las profundas estructuras culturales que legitiman la exclusión de las mujeres, es muy probable que esos cambios paulatinos se prolonguen demasiado en el tiempo, al menos para mí. Hemos de reflexionar acerca de lo que es el poder, para qué sirve y cómo se calibra, o dicho de otro modo, si no percibimos que las mujeres están totalmente dentro de las estructuras de poder, entonces lo que tenemos que redefinir es el poder, no a las mujeres.

Hasta el momento, en mis reflexiones sobre el poder he seguido la senda habitual en los debates de este tipo y he centrado la atención en la política y los políticos nacionales e internacionales, a los que deberíamos añadir, para ser justos, un elenco de presidentes ejecutivos, periodistas prominentes, directivos de televisión, y demás cargos importantes. Esto ofrece una versión muy limitada de lo que es el poder, puesto que lo correlaciona con el prestigio público (o en algunos casos con la notoriedad pública). Se trata de un poder de «gama alta» en el sentido tradicional y vinculado a la imagen de «techo de cristal», que no solo sitúa a las mujeres fuera del poder, sino que imagina a las pioneras como supermujeres de éxito a las que solo unos pocos vestigios de prejuicio masculino les impidieron alcanzar la cima. No creo que este modelo se ajuste a la mayoría de mujeres que, sin pretender ser presidentas de los Estados Unidos o de una empresa, todavía sienten, y con razón, que deben participar en el poder. Dicho modelo evidentemente no atrajo en 2016 a un número suficiente de votantes estadounidenses.

Aun restringiendo nuestro campo a la política nacional, la cuestión de cómo juzgamos el éxito de las mujeres en ese ámbito no deja de ser delicada. Existen infinidad de tablas clasificatorias que ofrecen porcentajes de mujeres en los parlamentos nacionales. El primer lugar lo ocupa Ruanda, donde más del 60 % de los parlamentarios de la cámara son mujeres, mientras que el Reino Unido aparece cincuenta puestos más abajo, con el 30 % aproximadamente. Por otro lado, es sorprendente constatar que la Asamblea Consultiva de Arabia Saudí tenga un mayor porcentaje de mujeres que el Congreso de los Estados Unidos. Es difícil no lamentarse por algunas de estas cifras y no aplaudir a otras, visto lo que se ha hecho en cuanto al papel de las mujeres tras la guerra civil de Ruanda, pero me pregunto si, en algunos lugares, la presencia de semejante número de mujeres en los parlamentos es indicio de que el poder no se encuentra precisamente allí.

Por otro lado, tampoco creo que estemos siendo sinceras con nosotras mismas sobre para qué queremos a las mujeres en los parlamentos. Numerosos estudios apuntan a que el papel de las mujeres políticas consiste en promover leyes que favorecen a sus intereses (la atención a la infancia, la igualdad salarial y la violencia doméstica). Un reciente informe de la Fawcett Society establece una relación entre el porcentaje equilibrado del 50 % de hombres y de mujeres en Asamblea Nacional de Gales, y el número de veces que se propusieron allí «temas de mujeres». De ninguna manera pretendo lamentarme de que la atención a la infancia y demás propuestas tengan un tratamiento justo, pero no creo que estas cuestiones deban percibirse como «temas de mujeres», ni que estos sean los motivos principales por los que queremos mayor presencia femenina en los parlamentos. Las razones son mucho más elementales: es flagrantemente injusto dejar a las mujeres al margen, sean cuales fueren los medios inconscientes que nos guían; y sencillamente no podemos permitirnos prescindir del conocimiento de las mujeres, ya sea en tecnología, economía o asistencia social. Si eso significa que haya menos hombres en los parlamentos, como debe ser —los cambios sociales

siempre tienen ganadores y perdedores—, estoy dispuesta a mirar de frente a esos hombres.

No obstante, seguimos tratando el poder como algo elitista, emparejado al prestigio público, al carisma individual del llamado «liderazgo» y, a menudo, aunque no siempre, a un cierto grado de celebridad. Nos referimos al poder de forma muy estricta y limitada, como si se tratara de un objeto de propiedad que solo muy pocos —en su mayoría hombres— pueden poseer o ejercer (y eso es precisamente lo que resume la imagen de Perseo, o Trump, blandiendo su espada). En estos términos, las mujeres como género, no como individuos, quedan excluidas del poder por definición. No es fácil hacer encajar a las mujeres en una estructura que, de entrada, está codificada como masculina: lo que hay que hacer es cambiar la estructura. Y eso significa que hay que considerar el poder de forma distinta; significa separarlo del prestigio público; significa pensar de forma colaborativa, en el poder de los seguidores y no solo de los líderes; significa, sobre todo, pensar en el poder como atributo o incluso como verbo («empoderar»), no como una propiedad. Me refiero a la capacidad de ser efectivo, de marcar la diferencia en el mundo, del derecho a ser tomado en serio, en conjunto e individualmente. Es el poder en este sentido que muchas mujeres perciben que no tienen, y que lo quieren. ¿Por qué se ha hecho tan popular la expresión *mansplaining* (a pesar del fuerte rechazo que sienten muchos hombres al respecto)? Para nosotras da en el blanco porque apunta directamente a lo que se siente *cuando a uno no se le toma en serio*: un poco como cuando me dan lecciones de historia de Roma en Twitter.

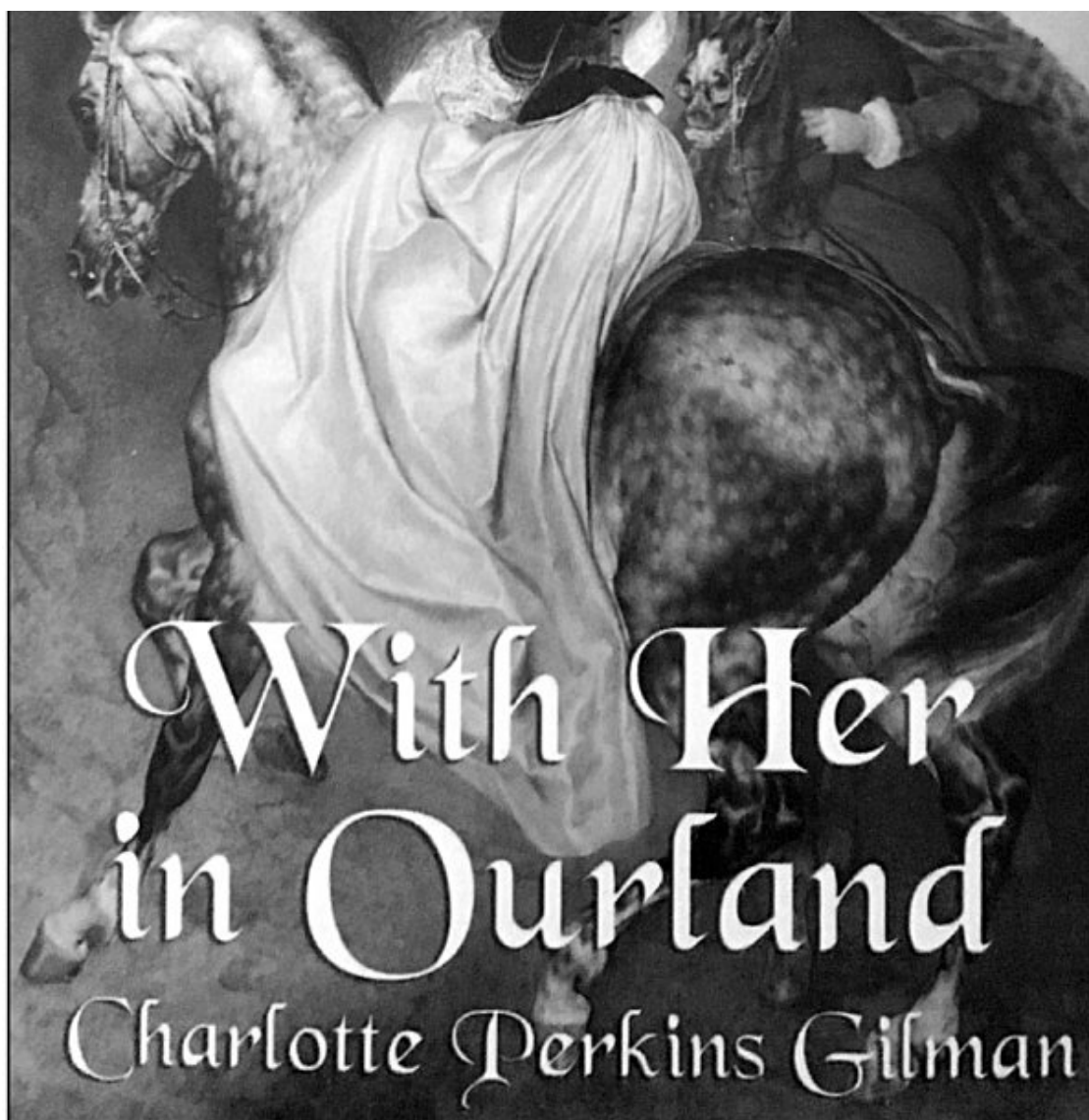


26. *No es necesario que aquellos que propician cambios sean famosos. Pocas personas conocen los nombres de las fundadoras de Black Lives Matter: Alicia Garza, Patrisse Cullors y Opal Tometi.*

¿Deberíamos, pues, ser optimistas en lo relativo al cambio cuando pensamos lo que es el poder y lo que puede hacer, y el compromiso de las mujeres con dicho poder? Quizás un poco. Me asombra, por ejemplo, que uno de los movimientos políticos más influyentes de los últimos años, Black Lives Matter, fuera fundado por tres mujeres, e imagino que pocos de nosotros reconoceríamos sus nombres, pero juntas tuvieron el poder de conseguir que las cosas se hicieran de otro modo.

Sin embargo, el panorama general es más bien lóbrego. Ni siquiera estamos cerca de subvertir aquellas historias fundacionales de poder que sirven para mantener a las mujeres fuera de su esfera, y aprovecharlas en nuestro beneficio, como hizo Thatcher con su bolso. Incluso yo misma me he opuesto pedantemente a la representación de *Lisístrata* como si tratara del poder de las mujeres, aunque quizás sea así como debemos representarla hoy en día. Y pese a los repetidos intentos feministas a lo largo de los últimos cincuenta años por recuperar a Medusa para el poder de las mujeres (como rezaba el título de una reciente colección de ensayos, *Laughing with Medusa*) —por no mencionar el uso que de ella hizo Versace en su logo— no ha cambiado en nada el modo en que sigue utilizándose en los ataques contra las mujeres políticas.





27. *La cubierta de una edición inglesa reciente de Ella en Nuestra Tierra apunta al modo en que las mujeres de Dellas podrían acabar dominadas en un mundo de poder masculino.*

El poder de aquellas narraciones tradicionales queda muy bien plasmado por Perkins Gilman, aunque de forma fatalista. Hay una secuela de *Dellas*, en la que Vandyck decide escoltar a Terry de regreso a Nuestra Tierra, acompañado de su esposa Ellador: lleva por título *Ella en Nuestra Tierra*. A decir verdad, Nuestra Tierra no se presenta como un lugar demasiado atractivo, entre otras cosas porque llegan en plena primera guerra mundial. Al cabo poco tiempo, tras deshacerse de Terry, la pareja

decide regresar a Deltas, pero para entonces Van y Ellador esperan un bebé y —puede que lo hayáis adivinado— las últimas palabras de esta segunda novela son: «A su debido tiempo nació nuestro hijo». Perkins Gilman debió de ser muy consciente de que ya no había lugar para otra secuela. Todo lector en sintonía con la tradición occidental habría sido capaz de predecir con exactitud quién estaría al frente de Deltas al cabo de cincuenta años. Aquel niño.

EPÍLOGO

Convertir conferencias en letra impresa puede ser un asunto resbaladizo. ¿Hasta qué punto te mantienes al margen, reelaboras y pulas el argumento? ¿Hasta qué punto tratas de mantener el ánimo, e incluso las asperezas, con el que en su momento fueron pronunciadas? He aprovechado la oportunidad para llevar a cabo algunas ligeras actualizaciones. Cuando en 2014 di la conferencia que se ha convertido en el capítulo 1, Barack Obama todavía era presidente, y en marzo de 2017, año en que pronuncié la segunda, el cargo de primera ministra de Theresa May se contemplaba bajo una luz diferente (y mi comentario casual acerca de haber sido aupada al poder «para fracasar» podía resultar más profético de lo que yo había imaginado). No obstante, he resistido la tentación de hacer cambios drásticos, de introducir temas nuevos o de desarrollar más exhaustivamente algunas ideas que tan solo aparecen esbozadas. Me gustaría, en el futuro, reflexionar acerca de cómo abordar la reconfiguración de aquellas ideas de «poder» que hoy excluyen a todas las mujeres, salvo a unas pocas, y me gustaría también desmontar el concepto de «liderazgo» (normalmente masculino) que hoy en día se considera la clave de acceso a los organismos de éxito, desde las escuelas y universidades hasta los negocios y el gobierno. Pero eso lo dejo para otra ocasión.

Si el lector desea encontrar ejemplos más recientes de la clase de abusos que he planteado dirigidos a las mujeres, es muy fácil hallarlos en internet. Los troles no son muy imaginativos ni ofrecen demasiados

matices, por lo que los ataques en Twitter son muy parecidos unos a otros, aunque en muy contadas ocasiones surgen nuevas perspectivas o, cuando menos, comparaciones reveladoras. Con ocasión de las elecciones generales del verano de 2017 en el Reino Unido, escuché dos desastrosas entrevistas radiofónicas realizadas a la parlamentaria laborista Diane Abbott y al conservador Boris Johnson que me sorprendieron profundamente. Abbott se desmoronó por completo con motivo del coste de la política de su partido respecto al reclutamiento de policías: en un determinado momento esgrimió una cifra que sugería que cada nuevo agente cobraría unas ocho libras al año. Por su parte, Johnson exhibió una ignorancia igualmente embarazosa y torpe sobre algunos de los principales compromisos del nuevo gobierno: parecía no tener la menor idea de las políticas de su partido sobre discriminación racial en el sistema de justicia penal o sobre el acceso a la educación superior. La cuestión no es lo que provocó aquellos «desastres» (en aquella época Abbott estaba enferma), sino las diferentes reacciones que suscitaron, en internet y en otros medios.

Al instante «se abrió la veda» para Abbott, que fue ridiculizada y tachada de «majadera», «gorda idiota», «pedazo de cretina» y otras lindezas, todas ellas aderezadas con una pizca de racismo (es la parlamentaria negra de más antigüedad en Gran Bretaña). Una interpretación amable del mensaje es que sencillamente no estaba a la altura del cargo. Johnson tampoco se libró de la avalancha de críticas, pero de muy distinto calado. Su entrevista fue considerada como un ejemplo de rebeldía de macho: debería esforzarse más, dejarse de bravuconadas, concentrarse y dominar mejor su materia. En otras palabras, la próxima vez hazlo mejor. El objetivo de los atacantes de Abbott (deslegitimados porque resultó reelegida con una mayoría ampliamente reforzada) era asegurarse de que no tuviera una «próxima vez».

Fueran cuales fueren las opiniones del público sobre Abbott y Johnson, es evidente que se aplicó un doble rasero; no es solo que las mujeres tengan más dificultades para triunfar, sino que se las trata con mayor severidad si alguna vez meten la pata. Pensad en Hillary Clinton y

aquellos correos electrónicos. Si escribiera de nuevo este libro desde el principio, dedicaría más espacio a defender «el derecho de las mujeres a equivocarse», por lo menos de vez en cuando.

No creo que pudiera encontrar un paralelo clásico para ilustrar este aspecto, porque, afortunadamente, no todo lo que hacemos o pensamos se remonta directa o indirectamente a los griegos o a los romanos. Yo misma insisto a menudo en que no hay lecciones sencillas para nosotros en la historia del mundo antiguo. No nos hacían ninguna falta los desafortunados precedentes romanos en la región para saber que la intervención militar moderna en Afganistán e Irak no era una buena idea. La «caída» del Imperio romano de Occidente tiene poco que contarnos sobre los altibajos de la geopolítica moderna. Dicho esto, examinar a fondo Grecia y Roma nos ayuda a examinarnos más a fondo a nosotros mismos y a comprender mejor cómo hemos aprendido a pensar de la manera en que lo hacemos.

Existen infinidad de razones para adentrarse en la *Odisea* de Homero, y sería un crimen cultural si solo la leyésemos para investigar las fuentes originarias de la misoginia occidental: es un poema que explora, entre otras muchas cosas, la naturaleza de la civilización y la «barbarie», del regreso a casa, de la fidelidad y de la pertenencia. Aun así —como espero que demuestre este libro—, la reprimenda que Telémaco lanza a su madre Penélope cuando esta se atreve a abrir la boca en público es un acto que todavía hoy, en el siglo XXI, se repite con demasiada frecuencia.

Septiembre de 2017

REFERENCIAS Y BIBLIOGRAFÍA

Capítulo 1

El desprecio mostrado hacia Penélope aparece en la *Odisea* de Homero, Canto I, 325-364 (Alianza Editorial, Madrid, 2005, traducción de Carlos García Gual). La «hilarante» fantasía de Aristófanes es *Ecclesiazousai* (*La asamblea de las mujeres* o *Las asambleístas*) (Cátedra, Madrid, 2005). La historia de Ío se narra en las *Metamorfosis* de Ovidio, Libro I, 587-641 (Gredos, Madrid, 2008); la de Eco en las *Metamorfosis*, Libro III, 339-508 (Gredos, Madrid, 2008). Valerio Máximo es el antólogo romano que menciona a mujeres que hablan en público (en *Hechos y dichos memorables* VIII, 3), (Gredos, Madrid, 2003). La versión más conocida del discurso de Lucrecia es la de Livio, *Historia de Roma* I, 58 (Gredos, Madrid, 2011). La historia de Filomela se relata en las *Metamorfosis* VI, 438-619 (Gredos, Madrid, 2008). El gurú del siglo II d. C. es Plutarco, que hace referencia a la voz de las mujeres en sus *Preceptos conyugales* 31 (*Obras morales y de costumbres* 142d), (Gredos, Madrid, 1986). En cuanto al viejo lema romano *vir bonus dicendi peritus*, véase Quintiliano, *Instituciones oratorias* XII, 1 (Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca, 2000). Aristóteles argumenta las implicaciones del tono de la voz en su *Generación de los animales* V, 7 (786b-788b) y *Fisiognomía* II (806b) (Gredos, Madrid, 1999). Dión Crisóstomo describe la terrible situación que se generaría en una comunidad en la que los hombres hablasen como las mujeres en *Discursos* XXXIII, XXXVII (Gredos,

Madrid, 1989). Para más información sobre el discurso de género y el silencio en el mundo clásico, véase *Making Silence Speak: Women's Voices in Greek Literature and Society*, editado por A. P. M. Lardinois y Laura McClure (Princeton, NJ, 2001) y Maud W. Gleason, *Making Men: Sophists and Self-Presentation in Ancient Rome* (Princeton, NJ, 1995).

La autenticidad del discurso de Isabel I en Tilbury ha generado amplia polémica. Susan Frye, «The Myth of Elisabeth at Tilbury», *Sixteenth-Century Journal* 23 (1992), pp. 95-114, aboga por el escepticismo (e incluye el texto convencional, que se encuentra también en <http://www.bl.uk/learning/timeline/item102878.html>). La vida de Sojourner Truth es comentada por Nell Irvin Painter, *Sojourner Truth: a Life a Symbol* (Nueva York, 1997); las variantes de su discurso están disponibles en internet en <http://wonderwombman.com/sojourner-truth-the-different-versions-of-aint-i-a-woman/>. El ensayo de Henry James sobre «The Speech of American Women» está incluido en *Henry James on Culture: Collected Essays on Politics and the American Social Scene*, editado por Pierre A. Walker (Lincoln and London, 1999), pp. 58-81. Para las demás citas, véase Richard Grant White, *Every-Day English* (Boston, 1881), p. 93, y William Dean Howells, «Our Daily Speech», *Harper's Bazaar* 1906, pp. 930-934, comentadas por Caroline Field Levander, *Voices of the Nation: Women and Public Speech in Nineteenth-Century American Literature and Culture* (Cambridge, 1998). Es sumamente difícil hacer un cálculo exacto de los niveles de acoso en internet, porque, además, existe el eterno problema de la relación entre los casos reales y los denunciados; no obstante, un estudio reciente bastante útil con amplia bibliografía nos lo ofrece Ruth Lewis y otros, «Online abuse of feminists as an emerging form of violence against women and girls», *British Journal of Criminology*, publicado en internet en septiembre de 2016, <https://academic.oup.com/bjc/article-lookup/doi/10.1093/bjc/azw073>.

La mutilación de la cabeza de Cicerón por parte de Fulvia la describe Casio Dión en *Historia romana*, XLVII, VIII, IV, (Gredos, Madrid, 2004).

Capítulo 2

La afirmación de que Clitemnestra es *androboulon* la hace Esquilo en *Agamenón*, 11 (Cátedra, Madrid, 2012). Adrienne Mayor, *The Amazons: Lives and Legends of Warrior Women across the Ancient World* (Princeton NJ, 2014) ofrece una visión alternativa bien argumentada de las amazonas (pero no me convence). (Hay trad. cast.: *Amazonas: guerreras del mundo antiguo*, Desperta Ferro Ediciones, Madrid, 2017.) La traducción de Greer de *Lisístrata*: G. Greer y P. Wilmott, *Lysistrata: the Sex-Strike* (Londres, 1972); *Looking at Lysistrata: Eight Days and a New Version of Aristophanes' Provocative Comedy*, editada por David Stuttard (Londres, 2010), es una buena introducción a los temas de la obra. La versión antigua clásica de la historia de la Medusa la encontramos en las *Metamorfosis* de Ovidio, Libro IV, 753-803 (Gredos, Madrid, 2008). Los principales intentos por recuperar la historia de la Medusa incluyen: H. Cixous, «The Laugh of the Medusa», *Signs* 1 (1976), pp. 875-893, *Laughing with Medusa*, editado por Vando Zajko y Miriam Leonard (Oxford, 2006). Una recopilación de ensayos bastante útil es la de *The Medusa Reader*, editada por Marjorie Garber y Nancy J. Vickers (Nueva York y Abingdon, 2003). Las informaciones de la Fawcett Society sobre la Asamblea de Gales están resumidas en esta página de internet: <https://humanrights.brightblue.org.uk/fawcett-society-written-evidence/> («las diputadas plantearon temas relativos a la atención a la infancia en el 62 por ciento de sus intervenciones en los debates, sobre violencia doméstica el 74 por ciento de las veces y sobre la igualdad de salarios el 65 por ciento»).

AGRADECIMIENTOS

La primera persona a la que se le ocurrió el tema de las conferencias que han acabado convirtiéndose en este libro fue mi amiga Mary-Kay Wilmers, editora de *London Review of Books*, quien asimismo las contrató para la serie de conferencias de *LRB* en el Museo Británico en 2014 y 2017. Vaya mi agradecimiento para ella, para el personal de *LRB* y para la BBC, que emitió una versión de lo que planteé por radio y televisión (para que conste, la primera disertación fue la única de mis aventuras televisivas que de verdad le gustó a A. A. Gill). Muchas personas han contribuido para que esta publicación vea la luz. Como siempre, Peter Stothard ha compartido su conocimiento con generosidad (en esta ocasión, tanto sobre los clásicos como sobre la política contemporánea); Caterina Turrone ayudó en las fases finales y en las últimas palabras, cuando trabajábamos las dos en un proyecto totalmente diferente; mi familia —Robin, Zoe y Raphael Cormack— escucharon pacientemente las distintas versiones de las conferencias durante interminables semanas (y Raphael me instó a consultar *Dellas. Un mundo femenino*); y Debbie Whittaker resultó indispensable. Mi gratitud a todas las personas de Profile, entre ellas Penny Daniel, Andrew Franklin y Valentina Zanca, que han sido tan generosas, eficientes y pacientes como siempre. No puedo evitar recordar que, a comienzos de los años ochenta, Chloe Chard y yo redactamos un artículo sobre el tema de por qué las mujeres hablaban tan poco en los seminarios de la universidad; nadie quiso publicarlo. Algunos de los

argumentos esgrimidos aquí se remiten, por ende, a conversaciones con Chloe.

Pero a quien más le debo es a Helen Morales, antigua colega de clásicas en Newnham College, Cambridge, y hoy profesora de la Universidad de California, Santa Bárbara. Hemos hablado detenidamente sobre el tema del poder y la voz de las mujeres, desde el punto de vista clásico y desde otros enfoques, en inacabables conversaciones telefónicas transatlánticas. Entre otras muchas cosas, me colocó en la senda de la imaginería de la Medusa. Este libro es para ella.

LISTA DE ILUSTRACIONES

1. Vaso de figuras rojas del siglo v a. C. que representa a Penélope y a su hijo Telémaco en Ítaca durante la ausencia de Ulises, conservado en el Museo Nacional de Chiusi. Foto: Dea Picture Library/De Agostini/Getty Images.
2. La viñeta «Es una excelente propuesta, señorita Triggs» de Riana Duncan muestra una reunión sexista, *Punch*, 8 de septiembre de 1988. Foto: © *Punch* Limited.
3. *Ío, transformada en vaca, es entregada a Juno por Júpiter*, pintado por David Teniers, 1638, conservado en el Kunsthistorisches Museum, Viena. Foto: Wikimedia.
4. *Eco y Narciso*, pintado por John William Waterhouse, 1903, conservado en la Walker Art Gallery, Liverpool. Foto: Superstock/Getty Images.
5. La violación de Lucrecia por parte de Sexto Tarquinio y su posterior suicidio: miniatura que ocupa una hoja entera de un *album amicorum* iluminado, c. 1550. Foto: Sotheby's.
6. *Lucha entre Tereo y su cuñada Filomela*, de Picasso (1930), grabado de las *Metamorfosis de Ovidio*. Foto: © Succession Picasso/DACS, Londres 2017.
7. Ilustración grabada sobre madera de Hortensia defendiendo su caso ante los triunviros, de una traducción alemana de *De mulieribus claris*, c. 1474. Foto: Penn Provenance Project/Wikimedia.

8. Imagen ecuestre de la reina Isabel I (1533-1605) pasando revista a sus tropas en Tilbury, c. 1560. Foto de Hulton Archive/Getty Images.
9. Sojourner Truth, c. 1879, Randall Studio. Foto: Alpha Historica/Alamy .
10. Jacqui Oatley recibiendo un título honorífico, 2016. Foto: Express & Star, Wolverhampton.
11. Edward Burne-Jones, *Filomena*. Grabado sobre madera en papel de la India. Prueba de una ilustración diseñada para el Chaucer de Kelmscott, p. 441, «La leyenda de las buenas mujeres», 1896. Foto: The British Museum Online Collection/Wikimedia.
12. *Fulvia con la cabeza de Cicerón*, pintura al óleo de Pavel Svedomsky, c. 1880, conservado en el Museo de Arte e Historia de Pereslavl-Zalessky. Foto: Wikimedia Commons.
13. Cubierta de *Dellas. Un mundo femenino*, de Charlotte Perkins Gilman, originalmente publicado en 1915 por la revista *The Forerunner* y después en forma de libro en los Estados Unidos por Pantheon Books, en abril de 1979.
14. La canciller alemana Angela Merkel y la antigua secretaria de Estado de los Estados Unidos Hillary Clinton en la Cancillería de Berlín, Alemania, 9 de noviembre 2009. Foto: Action Press/REX/Shutterstock.
15. *Clitemnestra vigila desde las almenas de Argos los faros que han de anunciar el regreso de Agamenón*, de Frederick Leighton, c. 1874 (óleo sobre lienzo). Foto: Leighton House Museum, Kensington & Chelsea, Londres, R.U./Bridgeman Images.
16. Vaso clásico de terracota de figuras rojas sobre fondo blanco que representa un combate entre griegos y amazonas, c. 420 a. C. Foto: Rogers Fund, 1931/Metropolitan Museum NY.
17. Ánfora de figuras negras, c. siglo v a. C., que muestra a Aquiles matando a Penthesilea. Foto: British Museum.
18. Cartel publicitario de la producción teatral de *Lisístrata*, diseñado y reproducido por cortesía de Katie Metz.

19. Escena de la producción teatral de *Lisístrata*, Long Beach Playhouse, California, 2016. Foto de Michael Hardy.
20. Copia romana en miniatura de la estatua de Atenea que se erguía en el Partenón, conservada en el Museo Arqueológico Nacional, Atenas. Foto: Akg-images.
21. Vasija de doble asa en la que se ha representado el nacimiento de Atenea, c. 540 a. C. Foto: Henry Lillie Pierce Fund/Museum of Fine Arts, Boston/Bridgeman Images.
22. Escultura en bronce de Benvenuto Cellini, *Perseo con la cabeza de Medusa* (1545-1554), ubicada en la Loggia dei Lanzi de la Piazza della Signoria de Florencia. Foto: Akg-images.
23. (Arriba) *Medusa*, de Michelangelo Merisi da Caravaggio (1597), conservada en la Galería de los Uffizi, Florencia. Foto: Wikimedia. (Centro) Angela Merkel como Medusa. (Abajo) Hillary Clinton como Medusa. Ambas imágenes son memes de internet.
24. *Perseo con la cabeza de Medusa* de Benvenuto Cellini actualizada con los rostros de Donald Trump y Hillary Clinton respectivamente. Foto: meme de internet.
25. Imagen de Gerald Scarfe que muestra a Margaret Thatcher «corriendo a bolsazos» al parlamentario Kenneth Baker, © Gerald Scarfe, con permiso.
26. Las fundadoras de *Black Lives Matter*, Alicia Garza, Patrisse Cullors y Opal Tometi asisten a los premios de Mujeres del Año de la revista *Glamour* de 2016, Los Ángeles, California. Foto de Frederick M. Brown/Getty Images.
27. Cubierta de *Ella en Nuestra Tierra*, secuela de *Dellas. Un mundo femenino* de Charlotte Perkins Gilman, originalmente publicada por entregas mensuales en la revista *The Forerunner*, en 1916. Reeditada por Greenwood Books, EUA, en 1997.

Tras realizar todos los esfuerzos posibles por contactar con los titulares de los derechos de autor de las ilustraciones, la autora y los editores agradecerían cualquier información sobre aquellas ilustraciones cuyos

propietarios no se han podido localizar y tendrían a bien llevar a cabo las correcciones necesarias en las sucesivas ediciones.

NOTAS

[1] Exclusivo club privado de Oxford solo para hombres. (*N. de la t.*)

[2] En castellano se pierde el juego de palabras entre TRIUMPH y TRUMP. (*N. de la t.*)

[3] En inglés *to handbag*, que significa «golpear con el bolso». (*N. de la t.*)

[4] Juego de palabras con el término inglés *bluestocking*, que significa literalmente «medias azules», pero que al mismo tiempo es una forma despectiva de referirse a los intelectuales. (*N. de la t.*)

[5] Término inglés acuñado a partir de las palabras *man* (hombre) y *explain* (explicar), que hace referencia al hábito masculino de explicar las cosas a las mujeres utilizando un tono de suficiencia paternalista y condescendiente. (*N. de la t.*)

Mujeres y poder. Un manifiesto

Mary Beard

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Women & Power. A Manifesto*

© Mary Beard Publications Ltd, 2017

© de la traducción, Silvia Furió, 2018

© del diseño de la portada, Peter Dyer

De la imagen de la portada, The J. Paul Getty Museum, Malibu, California © VCG Wilson/Corbis/Getty Images.

© Editorial Planeta S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.ed-critica.es

www.planetadelibros.com

Una versión de «La voz pública de las mujeres» apareció por primera vez en la *London Review of Books*, el 20 de marzo de 2014; «Mujeres en el ejercicio del poder» se publicó también en la *London Review of Books*, el 16 marzo de 2017. Ambas fueron conferencias presentadas por Mary Beard en LRB Winter Lecture series.

Primera edición en libro electrónico (epub): fecha

ISBN: 978-84-17067-89-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com